

POR DIOS Y POR EL KÁISER

EL EJÉRCITO IMPERIAL AUSTRIACO 1619-1918

Richard Bassett



POR DIOS Y POR EL KÁISER

DESPERTA FERRE

EDICIONES

POR DIOS Y POR EL KÁISER

EL EJÉRCITO IMPERIAL AUSTRIACO 1619-1918

Richard Bassett



Por Dios y por el Káiser. El Ejército imperial austriaco 1619-1918
Bassett, Richard
Por Dios y por el Káiser. El Ejército imperial austriaco 1619-1918 / Bassett, Richard [traducción de
Joaquín Mejía Alberdi].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 672 p.; 23,5 cm – (Historia) – 1.ª ed.
D.L.: M-31184-2018
ISBN: 978-84-948265-5-9
355.486(436) "17/20"
94(460).051.1 355.48

POR DIOS Y POR EL KÁISER

El Ejército imperial austriaco 1619-1918

Richard Bassett

Título original:

For God and Kaiser. The Imperial Austrian Army

Original English language edition first published by Yale University Press, New Haven and London. All rights reserved.

La primera edición del original en lengua inglesa lo ha publicado Yale University Press, New Haven and London. Todos los derechos reservados.

© 2015 by © Richard Bassett

ISBN: 978-0-300-21967-8

© de esta edición:

Por Dios y por el Káiser. El Ejército imperial austriaco 1619-1918

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-948265-5-9

D.L.: M-31184-2018

Traducción: Joaquín Mejía Alberdi

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: noviembre 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Gottfried Pils (Akad. Maler)

DESPERTA FERRO

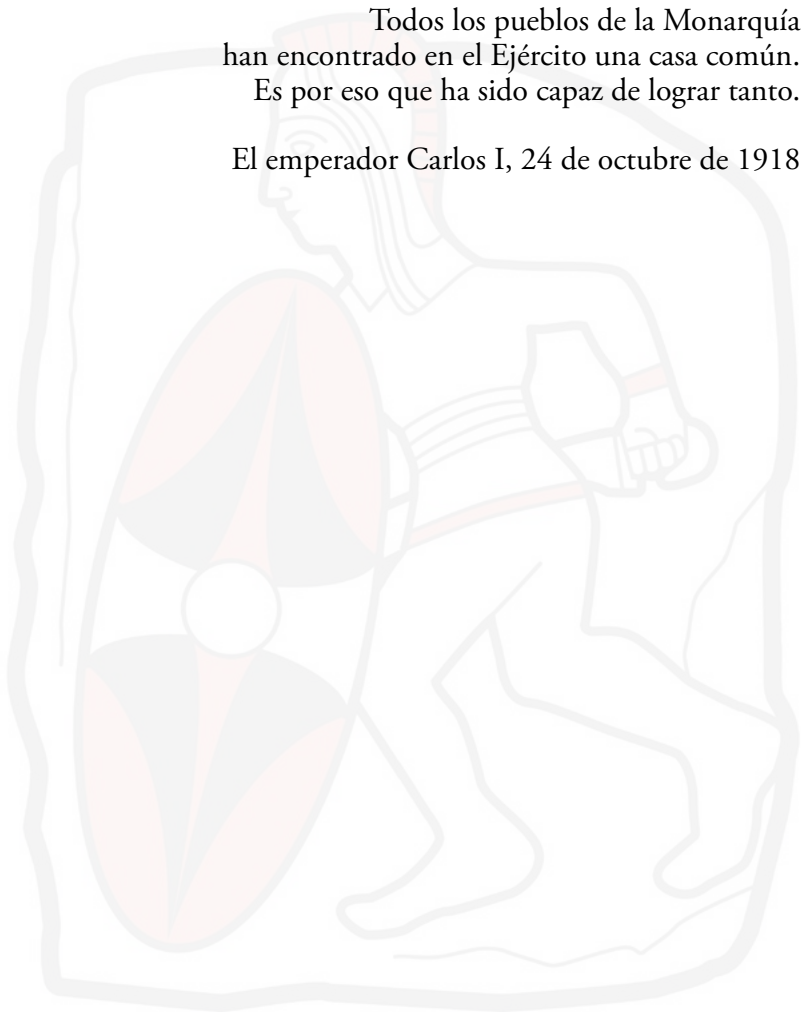


EDICIONES

DESPERTA FERRO

Todos los pueblos de la Monarquía
han encontrado en el Ejército una casa común.
Es por eso que ha sido capaz de lograr tanto.

El emperador Carlos I, 24 de octubre de 1918



EDICIONES

Índice

| | |
|-----------------------|-------|
| Agradecimientos | XI |
| Introducción | XXIII |

PARTE I. LA CONEXIÓN HABSBÚRGICA

| | |
|--|-----|
| Capítulo 1. Los coraceros del Káiser | 3 |
| Capítulo 2. Por Dios y el emperador | 33 |
| Capítulo 3. «El noble caballero» | 53 |
| Capítulo 4. «Nuestra sangre y vida» | 83 |
| Capítulo 5. El resurgir de Austria | 113 |
| Capítulo 6. <i>Mater Castrorum</i> | 143 |
| Capítulo 7. El Ejército y la Ilustración josefiniana | 173 |

PARTE II. REVOLUCIÓN Y REACCIÓN

| | |
|--|-----|
| Capítulo 8. El Ejército y la Revolución francesa | 195 |
| Capítulo 9. De Marengo a Austerlitz | 223 |
| Capítulo 10. La destrucción del mito | 257 |
| Capítulo 11. Choque de titanes | 283 |
| Capítulo 12. De Znaim a Leipzig | 297 |
| Capítulo 13. Biedermeier, Vormärz y Radetzky | 311 |
| Capítulo 14. De Magenta y Solferino al Düppel y Oeversee | 347 |
| Capítulo 15. La guerra austro-prusiana | 367 |
| Capítulo 16. Victorias en el sur | 391 |

PARTE III. IMPERIAL Y REAL

| | |
|--|-----|
| Capítulo 17. <i>k. (u.) k.</i> | 407 |
| Capítulo 18. Hacia una Marina de Guerra del siglo XX | 427 |
| Capítulo 19. El Evidenzbüro y el coronel Redl | 441 |
| Capítulo 20. El camino militar a Sarajevo | 461 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo 21. El Ejército y la crisis de julio | 485 |
| Capítulo 22. La última guerra de Austria-Hungría | 513 |
| Capítulo 23. 1915-1916 | 537 |
| Capítulo 24. 1916-1918 | 557 |
| Capítulo 25. <i>Finis Austriae</i> | 571 |
| Capítulo 26. Consecuencias | 597 |
| Bibliografía | 605 |
| Índice analítico | 619 |



Guía básica orientativa sobre las graduaciones del Ejército austriaco (luego austrohúngaro), ordenada según la jerarquía.

| GRADO | EQUIVALENCIA |
|-------------------------------------|---|
| <i>Feldmarschall (FM)</i> | Mariscal de campo. Esta graduación permitía por lo general asumir las funciones de comandante de ejército. El título completo era <i>Kaiserlicher Feldmarschall</i> (luego <i>Kaiserlicher und königlicher Feldmarschall</i>). |
| <i>Generaloberst</i> | Coronel general. Graduación empleada por el Ejército germanoprusiano desde el s. XIX, y por el Ejército austrohúngaro desde 1915. |
| <i>Feldzeugmeister (FZM)</i> | General de artillería; superior a <i>Feldmarschall-Leutnant</i> e inferior a <i>Feldmarschall</i> . |
| <i>General der Kavallerie (GdK)</i> | General de caballería; superior a <i>Feldmarschall-Leutnant</i> e inferior a <i>Feldmarschall</i> . |
| <i>General der Infanterie (GdI)</i> | General de infantería; superior a <i>Feldmarschall-Leutnant</i> e inferior a <i>Feldmarschall</i> . |
| <i>Generalquartiermeister</i> | Jefe del <i>General-Quartiermeisterstab</i> , el Estado Mayor General. No se trata de un rango, sino de un puesto. |
| <i>Feldmarschall-Leutnant (FML)</i> | Teniente mariscal de campo; equivalente (aproximado) a teniente general o a general de división. Por lo general, ostentaba el mando de una división o de un cuerpo de ejército. |
| <i>General-Leutnant (GL)</i> | Teniente general; equivalente (aproximado) a teniente general o a general de división. Por lo general al mando de una división o de un cuerpo de ejército. Este rango fue habitual en Prusia y otros países alemanes, y era similar al <i>Feldmarschall-Leutnant</i> austriaco. |
| <i>General-Major (GM)</i> | Mayor general; equivalente a general de brigada. Se trata del escalón inferior de los oficiales generales. La paradoja de que esté por debajo del grado de teniente general se debe a que, en su origen, su denominación era «sargento mayor general». |
| <i>Inhaber</i> | «Propietario» o coronel honorífico de un regimiento. |
| <i>Oberst</i> | Coronel |
| <i>Oberstleutnant</i> | Teniente coronel |
| <i>Major</i> | Mayor o comandante |
| <i>Hauptmann</i> | Capitán |
| <i>Oberleutnant</i> | Teniente o teniente primero |
| <i>Leutnant</i> | Subteniente o teniente segundo |
| <i>Kornett</i> | Corneta, equivalente a alférez de caballería |

Agradecimientos

Este libro, de tan larga gestación, debe inevitablemente reconocer la ayuda y apoyo de muchas personas a lo largo de muchos años. Aunque la historia de los Habsburgo ya no se enseña a los estudiantes de grado de Historia en las islas británicas, aún existe un grupo de expertos entre nuestro personal académico. Estoy en deuda con el profesor R. J. W. Evans de la Universidad de Oxford por su orientación sobre la carrera de Fernando II. Él ha arrojado luz sobre un periodo de la historia de Europa Central con el que me he enfrentado bastante tarde en mis estudios.

El profesor Alan Sked de la London School of Economics y el profesor Roy Bridge de la Universidad de Leeds no han sido menos generosos al ayudarme a comprender aspectos del Ejército Imperial y Real en el siglo XIX, y detalles importantes sobre las relaciones anglo-austriacas durante la crisis de julio de 1914. En este contexto, también me gustaría dar las gracias al doctor Paul Miller de la Universidad de Birmingham, que organizó un fascinante *Tagung** sobre el Imperio de los Habsburgo durante el verano de 2012. De la misma forma, estoy agradecido al doctor John Warren que también ha organizado en los últimos años conferencias sobre temas importantes de la Austria imperial. La doctora Pavlina Bobič, decana de estudios sobre su nativa Eslovenia y sobre el Ejército de los Habsburgo, tuvo la bondad de concederme mucho tiempo para mostrarme el impresionante paisaje y los museos de Kobarid (Caporetto). Mi antiguo *college* en Cambridge, el Christ's College, tuvo la amabilidad de concederme el privilegio de acceder a la *High Table*** durante la escritura de este texto, y es justo reconocer que este libro se ha beneficiado mucho del especial y estimulante ambiente intelectual que ha

* N. del T.: «Encuentro».

** N. del T.: comedor de acceso restringido para los titulados de posgrado.

sido desde hace mucho el sello de la «Costumbre de la Sala». En Cambridge también estoy agradecido a los consejos de Will O'Reilly del Trinity Hall, así como de Brendan Simms del Peterhouse. También estoy en deuda con el doctor Christopher Brennan de la London School of Economics, y con la señorita S. R. Lim que con amabilidad se esforzó en mantenerme al tanto del Seminario de Historia Europea Moderna, una especie de Cenicienta en la actual Facultad de Historia de Cambridge.

Debería tal vez mencionar también, en Inglaterra, a R. D. M. D. Danne, nuestro profesor de Historia hace casi cincuenta años en la escuela, virulentamente contrario a los Habsburgo, un hombre que combinaba toda la altivez de un liberal gladstoniano con los instintos totalitarios del Comintern soviético. Margaret Cross, al frente del Departamento de Historia de la St Peter's School en Southbourne, era más objetiva e inspiró a sus alumnos de catorce años a comprender la posición de Austria en Alemania e Italia a mediados del siglo XIX dentro del contexto del legado de Napoleón I. Más tarde, tuve la fortuna de disfrutar de algunas estimulantes conversaciones con el profesor Norman Stone, el cual siempre compartió conmigo, encantado, su vasto y mordaz conocimiento del tema.

Este libro también debe mucho por su apoyo generoso a otro hombre, el doctor Christopher Duffy, *primus inter pares* entre los historiadores militares de la Guerra de los Siete Años. Estoy en especial agradecido al doctor Duffy por resaltarle la importancia del 5 de junio de 1619. También me han sido útiles conversaciones con sus colegas de la Royal Military Academy en Sandhurst, el doctor Klaus Schmitter y el doctor Greg Frimont-Barnes. Los detalles de la conversación de Laudon con los generales rusos poco antes de Kunersdorf los proporcionó el conde Anton Wengersky, cuyo conocimiento y amor por la historia militar del siglo XVIII han marcado felizmente mis numerosas visitas a Baviera a lo largo de los años. Estoy agradecido a su hijo el conde Max Rechberg por continuar esta tradición. Su yerno, el conde Karl-Eugen Czernin, cuya amistad he disfrutado también por largo tiempo, me proporcionó muchos conocimientos sobre la historia de Bohemia y sobre el papel del último káiser de Austria, Carlos. También merece un agradecimiento especial su mujer la condesa Fionna Czernin por apoyar nuestras felices conversaciones en Enzesfeld y Chudenice. El barón Lionel de Rothschild intentó con generosidad ayudarme a aclarar algunos detalles sobre la entrada de Italia en la Gran Guerra en 1915. También me ha ayudado el doctor Ilya Berkovich, autor de un fascinante estudio (publicado en 2017) sobre la motivación de los soldados en la guerra, y el doctor Martin Boycott Brown, autor del muy alabado *The Road to Rivoli*.

En Austria, no tengo ninguna duda de que este libro nunca hubiera visto la luz si no fuera por los más de treinta y cinco años de amistad con herr Gottfried Pils, mi antiguo vecino de la Schubertstrasse de Graz. A él

y a su empleador de entonces, la editorial Styria Verlag, debo mis primeros encuentros con austriacos para los que el Ejército Real e Imperial era objeto de intenso y erudito interés. Herr Pils ha respondido con enorme amplitud a mi petición de material gráfico para este libro. También en Graz estoy agradecido a las reflexiones del fallecido doctor Peter Altenburg, y al también fallecido doctor Schall.

Al comienzo de mis estudios superiores sobre los Habsburgo, en la década de 1970, es cierto que estuvo presente herr Gottfried Pils, pero en aquella época la historia militar imperial austriaca estaba ligada al nombre del doctor Johann Christoph Allmayer-Beck, entonces director del Heeresgeschichtliches Museum (HGM). Por las ocasiones que compartí con el doctor Allmayer-Beck a principios de la década de 1980, estoy agradecido por haber podido asimilar parte de su verdaderamente exhaustivo conocimiento del tema. Por encima de todo, era un maestro en el dominio de las ideas y en la relación de cuestiones diversas. Los directores posteriores del HGM han intentado, con distintos grados de éxito, avanzar sobre la base de su trabajo. Varios de ellos han sido de gran ayuda en la investigación de este libro, pero digamos que «maduré», entre los veinte y los veinticinco años, con las interpretaciones de Allmayer-Beck sobre esta historia, algo de lo que podrán percatarse con rapidez todos aquellos que trabajan siguiendo su legado.

Otros profesores austriacos como el profesor *Hofrat* Peter Broucek fueron también de gran ayuda. El conocimiento enciclopédico del *Hofrat* Broucek sobre la carrera del mariscal Radetzky fue para mí un regalo que no esperaba ni merecía, y por el que ahora estoy profundamente agradecido. Con gran amabilidad empleó su tiempo en leer un borrador temprano de este libro y, gracias a ello, el texto ha mejorado mucho. También estoy muy agradecido por la ayuda del doctor Rudolf Jeřabek en el *Kriegsarchiv*, sobre todo en lo que respecta a la búsqueda de algunos informes poco conocidos, pero muy reveladores, del agregado militar imperial y real en Belgrado en 1914, el mayor Otto Gellinek. El fallecido profesor Georg Eisler, el más patriota de los austriacos, compartió conmigo muchos de sus conocimientos sobre los asuntos *kaiserlich und königlich* [Imperiales y Reales], a partir de ahora *k. (u.) k.* durante una amistad de casi veinticinco años. Su padre, el compositor Hanns Eisler, había servido en un regimiento de infantería bosnio.

La guerra es, en palabras de Lev Tolstói, un asunto terrible: «millones de hombres renunciando a sus sentimientos humanos y al sentido común». Lo que los jóvenes y también los viejos de estos ejércitos se vieron obligados a hacer es algo con lo que es difícil empatizar. Pero, aunque resulte paradójico, el estudio de los conflictos y las campañas militares también nos aporta luz sobre la naturaleza humana y el papel del individuo, y lo hace de una forma que, a menudo, es más inmediata y sugerente que la que se obtiene de otros tipos de investigación histórica. Uno de los placeres de la historia

militar es, asimismo, que su estudio obliga a visitar antiguos campos de batalla. En muchas ocasiones, hace tiempo que han sido olvidados y es difícil acceder a ellos. Otras veces son lugares bien gestionados con una atmósfera y belleza extraordinarias. Los muros del famoso granero de Essling, el inquietante silencio del Swiepwald cerca de Königgrätz, las arboledas de Austerlitz y San Martino, las ruinas piranesianas de Przemysł; todos ellos son archivos de las memorias colectivas que ayudan a dar vida a los acontecimientos que relata este libro.

Estoy agradecido a Marian Švejda y Daniel Spička, viejos y fieles amigos, por acompañarme en la ruta del Nordarmee en Bohemia, y a Nick Bence-Trower por llevarme a Solferino. Richard Hudson, que también disfruta de lo que Eric Hobsbawm ha descrito como las «ventajas incomparables de un trasfondo en la antigua Austria», animó una visita relámpago (en todos los sentidos) en la que subimos por el valle del Isonzo.

Entre los militares, estoy en deuda con el *Field marshal* lord Guthrie por su excepcional generosidad al regalarme su colección de libros sobre el Ejército Real e Imperial, y con el fallecido teniente general sir Robin Carnegie, excelente oficial de caballería y aun mejor persona, por numerosas y amenas conversaciones sobre la campaña de Dettingen y la Guerra de Sucesión austriaca.

También mi agradecimiento a mi agente Kate Horden, que me sufre desde hace ya mucho tiempo, y a mis infatigables editores Heather McCallum, Candida Brazil y Tami Halliday. También, por encima de todo, a mi antiguo profesor de trompa y mentor, el doctor Willian H. Salaman, sin cuyo concienzudo escrutinio editorial este libro no se habría publicado. El Supervisor de los Cuadros de la Reina, Desmond Shawe-Taylor, me permitió examinar los magníficos dibujos y grabados del Ejército de los Habsburgo de la Royal Collection, así como los retratos de Thomas Lawrence del archiduque Carlos, del príncipe Schwarzenberg y del emperador Francisco en la Cámara de Waterloo del Castillo de Windsor. También quería aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a mi querido amigo el doctor Raimund Kerbl, que en Salzburgo puso a mi disposición su incomparable biblioteca de temas austriacos, y de cuya hospitalidad he disfrutado tantos veranos. También estoy agradecido a Hannah Landsman del Museo Judío de Viena, cuya exposición de 2014 sobre la Primera Guerra Mundial fue la sobresaliente contribución austriaca a los muchos eventos conmemorativos que se organizaron en Europa durante ese año.

En la vida, la geografía y la oportunidad juegan a veces un papel mayor que el nacimiento y la jerarquía. He tenido la buena suerte de poder disfrutar, de forma bastante fortuita a lo largo de los años, de conversaciones con muchos de aquellos para quienes el Ejército de los Habsburgo era algo más que una memoria borrosa. Cuando llegué a Trieste en 1979, no imaginaba que llegaría a conocer y a entablar amistad con Gottfried von

Banfield, que hasta su muerte en 1986 fue el último poseedor superviviente de la Orden Militar de María Teresa, y también el último hombre vivo que había sido condecorado en persona por el káiser Francisco José. También disfruté, de paso entre tareas en Viena y Budapest durante la Guerra Fría, de la hospitalidad de los monjes benedictinos de Pannonhalma en Hungría. El archivero de entonces, Dom Valentine, me enseñó muchos de los tesoros de la magnífica biblioteca de dicha institución.

Asimismo, estoy agradecido, en Viena, a Fr. Christoph Martin, John Nicholson, la doctora Claudia Lehner-Jobst, Gertraude Annemarie Felderer, Cristina Brandner-Wolfszahn, Inés y Mariano Felder; en Salzburgo a Reinhold Gayer, Alfred Miller-Aicholz, Touschi Allés-Trautsmansdorff y Elisabeth Walderdorff, Katharina y Andrew Gammon, y Campbell Gordon; y en Ischl, el *EHZ* Markus von Habsburg me señaló algunas direcciones muy útiles.

El fallecido conde Lázló Szapáry (cuyo padre, embajador austrohúngaro en San Petersburgo, declaró la guerra al zar en 1914) y la fallecida Charlotte Szapáry me brindaron su amabilidad durante dos décadas, igual que la fallecida Stella Musulin (cuyo suegro redactó el famoso «Ultimátum» de 1914), la fallecida condesa Sophie Nostitz (cuyo padre fue asesinado en Sarajevo en 1914) y Jean-Georges Hoyos, hijo del diplomático austriaco encargado de conseguir un «cheque en blanco» de Berlín en julio de 1914. También tengo una deuda de gratitud con el fallecido príncipe Vincenz Liechtenstein que, en el verano de 1982, con la amabilidad característica que fue el sello de su demasiado breve vida, arregló con el fallecido Stefan Amsüss que su majestad real e imperial, la emperatriz Zita, me recibiera en el castillo de sus padres en Estiria durante su primera visita de vuelta a Austria desde 1919.

A mi esposa Emma-Louise y familia, para quienes las exigencias de este libro eran a veces unos paréntesis que acortaban nuestras vacaciones, obviamente estoy, como cualquier autor casado, para siempre agradecido.

Im 'Bazar', 28 de junio de 2014

Introducción

«Austria —escribió el autor austriaco Hermann Bahr— no ha tenido mucha suerte con sus biógrafos».¹ Si esto es cierto para la Austria imperial como estructura, también lo es para el Ejército Imperial y Real, cuyos esfuerzos apoyaron al Imperio durante tantos siglos. Tal vez fue Talleyrand quien marcó, con su famosa ocurrencia, el tono de menosprecio que se impondría a finales del siglo XIX y en el XX: «L'Autriche a la fâcheuse habitude d'être toujours battue» [«Austria tiene el enojoso hábito de resultar siempre derrotada»].²

Los liberales ingleses del siglo XIX veían a las tropas de casacas blancas como el símbolo de una maquinaria que aprisionaba pueblos. En ningún lugar se hizo esto más evidente que en Venecia antes de 1866, donde los oficiales austriacos con sus bandas militares en la Plaza de San Marcos eran una afrenta constante al sentido de la justicia de cada liberal inglés. John Ruskin y otras personalidades influyentes criticaban con regularidad la presencia austriaca. William E. Gladstone reforzó dicha idea con su diatriba contra Austria por no haber hecho nunca nada bueno «en ninguna parte donde haya estado». Como un historiador observó: «Las casacas blancas del Ejército Imperial y Real se convirtieron en el siglo XIX en el símbolo mismo de la represión y del gobierno autocrático».³

En el siglo XX, las conclusiones de los historiadores liberales ingleses las repitió la escuela de historiadores nacionalistas alemanes, muchos de los cuales eran austriacos renegados que veían Austria como parte de Alemania, y los seiscientos años de la Austria de los Habsburgo como un error histórico. Las dos escuelas parecían estar de acuerdo en cuanto a la ineptitud militar austriaca. Incluso cuando los alemanes y los británicos se enfrentaron durante el siglo XX, en este asunto siempre estaban de acuerdo. En 1917, el antiguo canciller imperial alemán Bernhard von Bülow comentó que Alemania «ganaría la guerra» incluso si al final «solo le quedara Austria».⁴ A. J. P. Taylor, que de seguro no era admirador de Von Bülow, se permitió retratar la poste-

rior anexión de Austria por la Alemania nazi como el «cumplimiento natural de procesos históricos». ⁵ En 1938, Anthony Eden resumió este punto de vista a un colega del Foreign Office que se lamentaba de que los nazis hubieran engullido a Viena: «¿Qué es Austria? Cinco Habsburgos y cien judíos». ⁶ En este punto, Eden estaba de acuerdo con Berlín; sus palabras fueron más tarde, con frecuencia y con toda probabilidad, atribuidas a Adolf Hitler.

Más tarde, en la década de 1960, a algunos escolares británicos, al estudiar Historia para superar los exámenes públicos, se les contaba la historia de cómo el general Haynau, llamado la Hiena, azotó a mujeres inocentes en las campañas contra los insurgentes húngaros e italianos en 1849. En una visita que hizo a Londres, algunos trabajadores de la fábrica de cerveza de Southwark lo reconocieron, y entonces procedieron a arrojarlo a un barril de cerveza. Hasta hoy, el único monumento conectado con el Ejército Imperial austriaco en Inglaterra está en una placa en Southwark que recuerda aquella escena pintoresca, la cual provocó el intercambio de algunas palabras fuertes entre la reina Victoria y su secretario de Exteriores, lord Palmerston. Un *pub* que recordaba días más felices de la coalición austro-británica contra Napoleón, el «Archduke Charles», situado cerca de Little Trafalgar Street, cerró hace varios años.

Haynau era un bruto; en palabras de Radetzky, «una cuchilla que debía usarse solo en ocasiones», ⁷ y tal vez mereciera algo mucho peor que lo que los cerveceros de Londres le hicieron. Su inclusión en el Salón de los Héroes del Arsenal de Viena aún causa un escalofrío de malestar al visitante inglés con formación histórica. Sin embargo, que en el folclore inglés se le haya elevado a la categoría de hombre del saco es una distorsión sintomática de una actitud más amplia.

Incluso alguien tan patriota de la antigua Austria como Lewis Namier se permitía descalificar, durante la Segunda Guerra Mundial, la «misión histórica» de Austria como «buena propaganda contrarreformista». ⁸ Para A. J. P. Taylor, alumno de Namier, la Austria imperial era, en 1914, un «cadáver». ⁹ La amputación o la extracción de partes del Imperio para preservar su núcleo «ya no era posible. El paciente estaba muerto y, la amputación, habría implicado la posibilidad de que sobreviviera». Mientras Taylor aún daba clases en Oxford, esta idea la amplió en Cambridge un joven escocés, Norman Stone, que se deleitaba en los múltiples absurdos de la última guerra del Ejército *k. (u.) k.*: «Porque en Viena había una inmensa grieta, tal vez más grande que en cualquier otro lugar, entre los ideales y la realidad». ¹⁰

Durante los cinco años que residí en Viena, también me resultó irresistible la tentación de airear mis frustraciones echando la culpa a los métodos vieneses. Las peculiaridades del temperamento austriaco, el clima y la cultura política de una mente joven a finales de la década de 1970 favorecían enfatizar lo ridículo a costa de un análisis más ecuánime. Debido a la virulencia ideológica de la juventud, los ladrillos lanzados contra el edificio fueron grandes y pesados.

El tiempo nos proporciona perspectiva. Este libro se propone explorar si la reputación de ineficiencia, incompetencia, poca fiabilidad general e in-

cluso crueldad que se achaca al Ejército de los Habsburgo tiene justificación o no. ¿Se puede demostrar la opinión de que las fuerzas armadas austriacas fueron siempre débiles y mal comandadas si las comparamos con la mayoría de sus adversarios? ¿Se vieron por completo superadas por los prusianos de Federico, o condenadas a que las derrotara Napoleón y más tarde Helmuth von Moltke? ¿Tuvieron los ejércitos de los Habsburgo, como ha señalado un historiador en fecha reciente, «una actuación en verdad lamentable» en la Primera Guerra Mundial, en la que se desmoronaron y se deshicieron?¹¹ ¿Cómo pudo mantenerse unido durante tanto tiempo un Ejército compuesto por elementos nacionales tan dispares? ¿Cuál fue el secreto de la habilidad de los ejércitos de los Habsburgo al servicio de una familia en la organización de los Estados de Europa Central y Oriental en una entidad única, coherente y segura, cuya prosperidad y seguridad han sido tan difíciles de repetir en los tiempos modernos? Para responder a estas preguntas, el relato de los hechos que se suele aceptar puede, tal vez, verse enriquecido mediante una perspectiva poco familiar sobre muchos acontecimientos críticos de la historia moderna de Europa.

El Ejército de los Habsburgo no era, desde luego, igual a ningún otro de Europa. Tras las reformas teresianas, alcanzó un grado de cohesión y de eficiencia que, hasta la llegada de Napoleón, no era inferior al de ningún otro ejército. Todo aquello que tocó la emperatriz María Teresa duró más de un siglo. En muchos casos, las instituciones que fundó han sobrevivido intactas en Europa Central hasta hoy. Las disputas candentes que desgarraban a los ejércitos de otros Estados europeos encontraron solución en el Ejército austriaco. El empleo por los franceses de miles de irlandeses descontentos por tener que luchar contra su soberano inglés, como sucedió en Fontenoy, jamás le hubiera sucedido a las tropas de un ejército habsbúrgico. Como el Estado que defendía, el Ejército austriaco expresaba la idea de que las relaciones dinásticas, culturales, geográficas y económicas eran más importantes que la identidad nacional. Incluso los rebeldes húngaros de 1848-1849 en teoría lucharon, en un primer momento, por su rey, el emperador habsburgo. El Ejército Imperial era supranacional. Entre sus filas había miembros de veinte naciones distintas que, a cambio de aprender 86 palabras para dar órdenes en alemán, recibían un tratamiento igualitario.

Este Ejército era, en general, indiferente ante las creencias religiosas personales de sus soldados. La dinastía Habsburgo tal vez fue la espina dorsal de la Contrarreforma, pero sus fuerzas armadas se desarrollaron de forma que se convirtieron en una verdadera institución multiconfesional. Muchos de los oficiales de Wallenstein no eran católicos, y bajo el reinado de María Teresa (1717-1780) los protestantes disfrutaron de casi igualdad de oportunidades en su Ejército. No disfrutarían de esos mismos derechos en la vida civil hasta que José II (1741-1790) aprobó su Patente de Tolerancia en 1778. Esto no significa que no hubiera facciones dentro del Ejército que azuzaran las tensiones entre las distintas confesiones. Hubo trazas de esto en el reinado de Carlos VI (1685-1740), e incluso después de Königgrätz en 1866.

Sin embargo, en 1918, los regimientos más condecorados del Ejército estaban formados por musulmanes bosnios y por católicos de los Alpes, no pocas veces bajo el mando de oficiales judíos, y los dirigía un general cuyo padre había sido miembro inquebrantable de la comunidad serbia ortodoxa. Bajo el reinado del káiser Francisco José, el antisemitismo era un delito. El emperador llegó a intervenir en persona cuando pensó que los oficiales judíos de su Ejército eran víctimas de la discriminación. El caso Dreyfus, que desmoralizó al sistema militar francés a finales del siglo XIX, no podría haber sucedido en el Ejército austriaco. La restrictiva exclusividad del Ejército alemán y su casta de oficiales *junker* prusianos –todos ellos luteranos con «nombres como el sonido de disparos de cañón en la distancia»– también era extraña a las fuerzas de los Habsburgo.

La tolerancia religiosa, incluso en la época de la Ilustración josefiniana, no implicó una ideología totalmente secularizadora. La religiosidad propia de la dinastía siempre se expresaba en los principios y costumbres del Ejército. El grito de guerra del Ejército de los Habsburgo era «Con Dios y el káiser por la patria». Cuando el brillante general croata Josef Jellačić fue nombrado gobernador (*Ban*) de Croacia, su discurso de investidura abundó en frases devotas que invocaban a la Virgen María. Incluso en una fecha tan tardía como 1914, la pública relación amorosa que tuvo el jefe del Estado Mayor, Konrad von Hötzendorf, con una mujer casada, dañó las relaciones del militar con el heredero al trono, el archiduque Francisco Fernando.

En general, la relación del Ejército con la dinastía estaba por encima de las consideraciones de confesionalidad. Desde el momento en que el 5 de junio de 1619 los soldados salvaron al orante archiduque Fernando de las garras de la nobleza protestante bohemia, se selló una unión indestructible entre el soberano y el Ejército. Desde ese momento, las fuerzas armadas existieron para servir a la dinastía. El Ejército, si fuera necesario, defendería a los Habsburgo frente a su propia aristocracia. Siempre, hasta el final de su existencia en 1918, la composición del Ejército y su forma de hacer la guerra estuvieron subordinados al interés de la casa de Habsburgo.

La estrategia militar fue un reflejo de esto. Ningún ejército austriaco podía arriesgarse, al intentar destruir a sus adversarios, a correr el mínimo riesgo de ser aniquilado. Las tácticas aventureras eran una amenaza para la dinastía. La audacia excesiva, o la asunción espontánea de riesgos militares por parte de los mandos, no eran parte del manual del arte de la guerra de los Habsburgo. El Ejército debía siempre preservarse para seguir luchando, para defender la dinastía. En la guerra no se debía luchar hasta la muerte del último subalterno de caballería. La revolución napoleónica de las tácticas militares, sobre todo su énfasis en la completa destrucción de la capacidad de lucha del adversario, provocó una renovación fundamental de la máquina militar de los Habsburgo. Pero incluso cuando estuvieron bajo el mando del archiduque Carlos, el más grande de los generales austriacos, estos nunca arriesgaron sus ejércitos «a todo o nada». Gracias a esta estrategia, el Ejército

de los Habsburgo, en casi todas las guerras que libró, pudo recuperarse de las derrotas iniciales, mejorar y convertirse en una máquina militar más efectiva. Entre 1620 y 1918 consiguió más de trescientas cincuenta grandes victorias, un número mucho mayor que sus derrotas¹². Nunca sufrió una suerte similar a la derrota de los prusianos en Jena en 1806, los cuales fueron barridos en una tarde y quedaron anulados como fuerza de combate durante varios años.

Los intereses de la dinastía exigían mucho de sus generales. El destino del general Ludwig Benedek, el desgraciado comandante en jefe al que derrotaron los prusianos en Königgrätz en 1866, es un reflejo de la obediencia ciega que la dinastía esperaba de sus oficiales superiores. Benedek había aceptado el mando solo por la insistencia de su emperador. Cuando le convirtieron en cabeza de turco de la derrota, jamás criticó a su soberano o a sus compañeros oficiales, algunos de los cuales habían desobedecido sus órdenes. Aceptó toda la responsabilidad de la derrota. Incluso amenazó a su mujer con divorciarse de ella si no dejaba de quejarse del mal tratamiento que el emperador le había otorgado.

Tras 1866, el Ejército renovó su equipamiento material. En 1914, llevaba sin entrar en combate más de una generación. A diferencia de sus adversarios serbios y rusos, el Ejército austrohúngaro fue a la Primera Guerra Mundial falto de preparación para una guerra moderna. Luchó sin interrupción durante más de cuatro años, lo que echó por tierra las expectativas de la Entente, que había pensado que se desmoronaría rápido debido a sus tensiones internas y a las rivalidades nacionalistas. Solo si uno visita los dentados cerros de los montes Dolomitas puede comenzar a comprender las enormes hazañas de resistencia humana que aquellas fuerzas tuvieron que superar. La roca pelada de piedra caliza, al estallar bajo el fuego, multiplicaba por mil el efecto de la explosión de cada proyectil. En temperaturas inferiores a cero grados, los soldados excavaron túneles y contratúneles a través del hielo para emerger unos frente a otros a distancia de fuego de quemarropa, a cientos de metros por encima de la base de las montañas. Como señaló un historiador, «uno se asombra de que italianos y austriacos consiguieran siquiera subsistir, no digamos ya luchar, en tales condiciones» y se pasma ante los historiadores y críticos militares que alegremente hacen generalizaciones sobre la escasa capacidad combativa de ambos ejércitos.¹³

El Ejército de los Habsburgo tuvo su primera forma reconocible bajo el reinado de Maximiliano I (1459-1519), cuando se crearon las primeras formaciones de infantería de *landsknechte* [lit., siervos de la tierra, caballeros]. La tradición tardomedieval de combate individual a caballo aún prevalecía, pero las rebeliones en Flandes y en Suiza habían demostrado que los soldados a pie organizados podían derrotar a los grupos de caballeros. Maximiliano estimuló el establecimiento de los *landsknechte*, y los abastecía a través de una serie de arsenales que radiaban a lo largo de sus dominios, desde Innsbruck a Graz y Viena. No sabemos con precisión cuándo se comenzó a formar esta infantería, pero en 1479 ya aparecieron en los campos de batalla de las guerras husitas, y desde 1486 se emplearon de forma exhaustiva en las campañas de Maximiliano en Italia.

Estos soldados, a menudo, carecían de disciplina. No tenían un sistema formal de oficialidad ni una cadena de mando jerárquica. Tras el saqueo de Roma en 1527, la dinastía se dio pronto cuenta de que no disponía tanto de un ejército leal como de una turba armada. Una forma de reforzar la disciplina fue crear un grupo de jefes militares cuyo comportamiento y cualidades personales impresionaran y permitieran dirigir a los soldados rasos. La necesidad de tener oficiales de gran calibre moral se convirtió en una urgencia. Había llegado la ocasión para la aristocracia: se llamó a los *adelmässig* [nobles] que pudieran organizar y dirigir tropas para convertirlos en el núcleo de un nuevo sistema militar. Al comienzo de la Guerra de los Treinta Años, los regimientos de caballería e infantería habían comenzado a tomar forma bajo la guía de una nueva generación de oficiales aristócratas de los que se esperaba, cada vez más, que tuvieran una conducta ejemplar. En una época de conflicto religioso, es comprensible que estos oficiales estrecharan su relación con una devota dinastía católica, sobre todo porque, en el primer cuarto del siglo XVII, se podían obtener enormes recompensas materiales mediante la lealtad a una confesión religiosa.

La oportuna aparición del Ejército el 5 de junio de 1619, y luego su papel durante el segundo asedio de Viena, fueron dos hechos que desde aquella época se interpretaron como acontecimientos clave en la defensa de la fe católica.¹⁴ Más tarde, después de 1848, el gran estadista austriaco que fue el príncipe Félix de Schwarzenberg inició una prestigiosa presencia consular en Jerusalén para que se identificara a la golpeada pero convaleciente Monarquía con sus raíces católicas. Schwarzenberg soñaba con Austria como una superpotencia católica. Desde sus comienzos, los Habsburgo habían personificado las obligaciones de una monarquía universal católica. Rodolfo I (1218-1291) exhibió una piedad que lo ensalzaba al compararlo con otros monarcas. Sus sucesores desarrollaron esa tradición. Varias leyendas populares sobre los Habsburgo la reforzaron. La historia de lo que sucedió cuando Rodolfo I se encontró con un sacerdote que llevaba el santo sacramento [la eucaristía] se transmitió de generación en generación. Rodolfo había ofrecido al sacerdote su caballo para cruzar un torrente y luego le regaló el animal, porque «no deseaba usar para luchar o cazar un caballo que había llevado al Señor».¹⁵

La versión más antigua de este relato se registra cincuenta años después de la muerte de Rodolfo I, en 1291. Las versiones posteriores reforzaron la veneración especial de los Habsburgo por el santo sacramento, apoyándose en que el papa Urbano IV estableció la festividad del Corpus Christi en 1264. Esta fiesta se convirtió en uno de los momentos más importantes del calendario militar bajo el reinado de Carlos V (1500-1558). Este, afectado por las ejecuciones de Tomás Moro y de John Fisher ordenadas por Enrique VIII, le dijo a Eliot, el embajador británico: «Deberíamos haber entregado de buena gana dos de nuestros reinos más ricos a cambio de tener dos hombres así en nuestro Imperio».¹⁶

Más tarde, los católicos austriacos encontraron en el cetro de José II «a la vez un puntal y un azote».¹⁷ Sin embargo, pese a sus reconocidas políticas

anticlericales, tampoco José consintió que se quitara la imagen de la Virgen de las banderas de combate de su Ejército. Su famoso edicto de 1785, que otorgaba la «protección del Estado» a las logias masónicas, avisaba que no toleraría «excesos dañinos para la religión». Algunas banderas de combate del periodo del rey José mostraban a la Virgen coronada por la Trinidad, lo que daba a entender que el dominio de Dios sobre el mundo se ejercía junto con la soberanía del emperador Habsburgo.

Los emperadores posteriores preservaron este catolicismo como parte de una idiosincrasia que, pese a todas sus señales de devoción, nunca cedió ante Roma cuando el Vaticano amenazó los intereses de la dinastía. El ejército del príncipe Eugenio hizo oídos sordos a las protestas del papa tras ocupar su territorio. Francisco José (1830-1916) no dudó en vetar la elección del papa que hizo el cónclave en 1906, cuando pensó que los cardenales habían elegido un candidato contrario a los Habsburgo. También se abstuvo en la ocasión en que su sobrino Francisco Fernando apoyó de forma abierta la causa de las escuelas católicas, en el momento álgido del movimiento *Los von Rom* [lejos de Roma] en Alemania. El conde Paar afirmó que Francisco José habría entregado con gusto a todos sus obispos a cambio de tres regimientos de caballería.

El último emperador, Carlos, abrazó con tanta intensidad como el que más el catolicismo tradicional de su casa. Cuando era un joven oficial en la Primera Guerra Mundial, nunca viajaba sin su reclinatorio personal. En el momento de su muerte, en la isla de Madeira, en 1922, mientras miraba desde su lecho el santo sacramento, se halló una nota en la que había escrito: «en todas las cosas y en todo momento, siempre le he pedido a Dios guía para resolver cualquier problema».¹⁸

Tal piedad tuvo consecuencias para el Ejército al terminar la Primera Guerra Mundial. La decisión de Carlos de ignorar las ofertas de ayuda militar en 1918 aceleró, sin duda, su desintegración. Su imperio estaba prácticamente desmembrado, pero pudo haber usado algunos elementos del Ejército para sostener su trono. Varias unidades del Ejército del Isonzo estaban preparadas para marchar sobre Viena en su ayuda. La planificación logística estaba ya bastante avanzada, y el formidable general Swetozar Boroevič había preparado las tropas. Sin embargo, al carecer de una orden de la dinastía, ni él ni el Kaiserliche Armeepudieron actuar. Carlos, el Habsburgo* que más cerca estuvo jamás de la santidad, pensaba que su misión era el bienestar de

* N. del T.: de acuerdo con el criterio del autor, en la traducción se ha optado por emplear los nombres tradicionales en español de los personajes de la casa de Habsburgo. También se ha optado por los nombres en castellano de los miembros de las demás casas reales, de acuerdo con el uso habitual de la historiografía española. En cambio, los nombres de los militares austriacos se han mantenido en alemán (o, en general, en su idioma original). Este segundo criterio también se ha aplicado a los nombres húngaros, excepto en el caso de Tisza Itsván en el que hemos optado (con un criterio similar al del autor) por la forma de su nombre en nuestro idioma: Esteban Tisza.

sus pueblos. El empleo del Ejército habría provocado sin remedio la guerra civil. Aquel no podía ser el método por el que optara el último Habsburgo. La *pietas austriaca*, que había sido el catalizador de la creación del Kaiserliche Armeee en 1619, resultó ser, trescientos años más tarde, también capaz de administrarle los últimos sacramentos.¹⁹

NOTAS

- 1 Vid. Wandruszka, A., 1964, XV.
- 2 Vid. Bassett, R., 1988, 54. Ver también Hamilton, F., 1921, 51.
- 3 Vid. Crankshaw, E., 1972, 66.
- 4 Vid. Matzner-Holzer, G., 2005, 68.
- 5 Vid. Taylor, A. J. P., 1945, 218.
- 6 Vid. Habsburg, O. von, Viena, 1991, 75.
- 7 Vid. Hartley, M., 1912, 62.
- 8 Vid. Namier, L., 1942, 103.
- 9 Vid. Taylor, A. J. P., 1948, 255, 263-273.
- 10 Vid. Stone, N., 1977, 71. Puede verse una muestra más reciente de la persistencia de esta interpretación en Wawro, G., 2014, que cita a sir Michael Howard refiriéndose a la actuación «verdaderamente lamentable» de los ejércitos habsbúrgicos.
- 11 Vid. Wawro, G.: *op. cit.*
- 12 Véase la lista detallada en Patera, H. V. von, 1960, 153.
- 13 Vid. Crankshaw, E., 1963, 462.
- 14 *The World Was Never the Same: 36 Events Which Shaped History*, Oklahoma City, 2011.
- 15 Vid. Wandruszka, A.: *op. cit.*, 35.
- 16 Anthony Meredith SJ, Sermón del 22 de junio de 1994, Farm Street, Londres, basado en Roper, W., 1553. La edición de Londres de 1932, en su página 70 cambia algunas palabras y no menciona a Fisher. Ver también Chambers, R. W., 1938, 287-290, 389-395.
- 17 Vid. Wandruszka, A.: *op. cit.*, 127. Ver también Beales, D., vol. II, 2009, 543.
- 18 Vid. Czernin, K. E., 2004a, 29.
- 19 Nota sobre la nomenclatura: a lo largo del libro, he usado los términos *káiser* y *emperador* como títulos intercambiables del soberano Habsburgo. Algunos lectores que asocian la palabra *káiser* solo con Alemania puede que se confundan al principio, pero *káiser* fue el título de los emperadores Habsburgo durante varios siglos, antes de que los Hohenzollern alemanes «resucitaran» el título para su nuevo y muy breve periodo imperial entre 1870 y 1918.

DESPERTA FERRO

PARTE I

La conexión habsbúrgica



EDICIONES

CAPÍTULO 1

Los coraceros del Káiser

La salvación de una dinastía



EL 5 DE JUNIO DE 1619 Y EL KAISERLICHE ARMEE

Kaiserliche Armee («Ejército imperial») fue la denominación que conservaron las fuerzas de los Habsburgo hasta su disolución en 1918. Fue un título creado durante la extraordinaria crisis de junio de 1619. Antes de esa fecha, nadie veía las tropas de los Habsburgo como propiedad personal del soberano. Algunos momentos dramáticos lo cambiaron todo y, desde entonces, se creó un vínculo entre la milicia y el monarca que duró tres siglos. La fuerza de esta nueva relación se puso pronto a prueba, en la Guerra de los Treinta Años. En el momento en que este conflicto catapultó el ascenso de Albrecht Eusebius Wallenstein (1583-1634) hasta convertirlo en el más poderoso caudillo militar de su época, la cuestión de su lealtad adquirió una importancia capital. La dinastía pudo, en última instancia, servirse de sus soldados para eliminar aquella amenaza. Al final de este periodo, el Kaiserliche Armee era ya una realidad incontestable.

La primera semana de junio sumerge a Viena en una nube de calor y polvo. Las gargantas se resecan cuando el viento cálido levanta pequeñas nubes de suciedad a lo largo de las carreteras y los caminos. Los vieneses, irritables incluso en las mejores ocasiones, empujan quisquillosos a propios y extraños a un lado, buscando con ansia una sombra que los resguarde. Al oscurecerse las nubes, la humedad agobiante inmoviliza hasta a los gorriones, que se reúnen adormilados en las superficies de los polvorientos patios del Hofburg, el palacio imperial cuyas estancias estaban, están y siempre estarán ligadas a la casa de los Habsburgo.

En junio de 1619, Viena aún no había alcanzado su posición indiscutible de capital de un gran imperio europeo. La verdad es que los Habsburgo habían avanzado mucho desde 1218, cuando un modesto conde lla-

mado Rodolfo había sacado a la familia de los estrechos valles suizos donde nació. A través de una serie de batallas, y luego de sugerentes matrimonios dinásticos, había impulsado a aquella familia desconocida y endogámica de los Alpes hasta el puesto de mando de Europa, donde se convertirían en la dinastía imperial más grande de la historia. Otros países han podido disponer de muchas familias para abastecer su necesidad de monarcas –el caso de Inglaterra nos viene a la mente–, pero la historia de Austria y del corazón de Europa no es, en realidad, más que la historia de una familia y únicamente de esa familia: los Habsburgo.

Al comenzar el siglo XVII, los Habsburgo ya habían dejado atrás su cénit como potencia mundial. El Imperio «donde no se ponía el sol», cuyos dominios se extendían a lo largo de España, Iberoamérica y Alemania, se había partido al retirarse Carlos V en 1556. Los dominios españoles habían pasado a Felipe II, hijo de Carlos, mientras que los dominios austriacos, ligados al tejido del Sacro Imperio Romano Germánico, habían pasado al sobrino de Carlos, Fernando. En 1554, incluso Inglaterra parecía destinada a incorporarse de forma permanente al sistema de esta familia, cuando Felipe se casó con la reina María en la catedral de Winchester.

Pero mientras que los dominios españoles eran una entidad más cohesionada, la rama austriaca, que asumió el derecho «histórico» de la familia a la corona de Carlomagno y el Sacro Imperio, era un rico tapiz de principados, reinos enanos y ducados menores en el que distintas razas juraban obediencia al emperador del Sacro Imperio. El título no era hereditario, por mucho que los Habsburgo pensaran que era de su propiedad. Al emperador lo elegía un consejo de siete príncipes que se reunían en Fráncfort del Meno. El derecho de los Habsburgo a detentar este título, que desde el 6 de enero de 1453 sentían casi como un derecho de familia, nacía de su posesión de tierras hereditarias en Europa Central y, sobre todo, por poseer el título de soberanos del reino de Bohemia. Aunque los Habsburgo austriacos nunca pudieron aspirar de verdad al estatus de potencia global que su familia había conseguido con Carlos V en la generación anterior, iban a asumir una posición muy potente en la historia de Europa.

Medio siglo después de la gran división de la herencia de Carlos, Viena aún tenía rivales para configurarse como lugar de residencia de la corte. Graz al sur y Praga al noroeste, eran dos ciudades también importantes para los Habsburgo. En la segunda de ellas, Rodolfo II, filósofo, astrólogo y ocultista, había establecido su capital en 1583, y era tolerante con las «nuevas» teologías de la Reforma. En Graz, el archiduque Fernando, tras su infancia en España y su educación jesuítica en Baviera, había gobernado las tierras de Estiria de la Austria Interior de un modo distinto. Entre aquellos dos polos tan diferentes, la posición de Viena como capital aún no había madurado. Sin embargo, en los calurosos días de junio de 1619, Viena iba

a mostrar una superioridad indiscutible, al convertirse por un momento en el eje de un conflicto crucial.

El 5 de junio, mientras el viento soporífero llevaba el polvo a través del palacio Hofburg hacia la gran Schweizertor, la Puerta Suiza renacentista de color negro y rojo, pudo oírse una acalorada discusión cuyo sonido se colaba a través de las celosías abiertas en la oscura mampostería de la parte alta del edificio. Una airada y armada turba de unas cien personas se había reunido en la calle para esperar el resultado de la discusión, intimidando a los guardias y maldiciendo el apellido Habsburgo.

En las oscuras salas abovedadas situadas sobre la Puerta Suiza, el destinatario de toda aquella hostilidad estaba sentado en su despacho frente a los jefes de la turba, con actitud desafiante y gesto inescrutable. De diminuta estatura y de gesto contenido, el archiduque Fernando parecía estar en inferioridad frente a los hombres que habían irrumpido en sus habitaciones sin anunciarse. Aquellos hombres eran altos y fuertes, sus manos grandes, huesudas y sin manicura. Sus caras se retorcían con expresiones de enfado y amenaza, y la virtud de la paciencia, si es que alguna vez la habían poseído, no estaba en su ánimo.

Eran una banda de nobles protestantes que alrededor de un año antes habían defenestrado a dos representantes de Fernando, Slawata y Martinic, arrojándolos por la gran ventana del castillo Hradčany de Praga, lo que inició el violento desafío a la autoridad de los Habsburgo que desembocaría en la Guerra de los Treinta Años. Su jefe, Mathias Thurn, era un gigante que había usado el pomo de su espada para machacar los nudillos de sus víctimas, cuando estas se habían agarrado al borde de la ventana para intentar salvar sus vidas. El hecho de que ambos hombres, tras gritar pidiendo ayuda a Dios —*mirabile dictu*— cayeran sanos y salvos en montones de estiércol, no se debió desde luego a la amabilidad de Mathias Thurn. La moderación no era su rasgo más característico. Y, ahora, en aquel asfixiante día en Viena, Thurn volvía a no estar de humor para negociar. Sus enormes puños golpearon la mesa que tenía delante. Tal vez era el aristócrata más importante de Bohemia, pero era apasionado, impulsivo y violento.

La Reforma que Martín Lutero había comenzado cien años antes, con sus ideas conflictivas, su rechazo a la corrupción del papa, su antisemitismo creciente y su enfrentamiento radical contra la autoridad de Roma, había extendido sus tentáculos a través de Alemania y entrado en Bohemia. La nueva fe había encendido la rabia y las simpatías husitas latentes en la nobleza bohemia. Doscientos años antes, Jan Hus, un sacerdote checo renegado, había provocado la revuelta de los bohemios, para acabar quemado en una estaca en Praga por herejía contra la Iglesia católica. Ahora, bajo la dirección de Thurn, el legado de Hus como desafío a la autoridad católica de los Habsburgo se había revigorizado gracias a la energía de la Reforma. Aquellas chispas iban, literalmente, a prender Europa en llamas.

FERNANDO DE GRAZ

Fernando de Graz fue alumno de los jesuitas, una de las órdenes establecidas en 1540 por el Vaticano para combatir la herejía y vigorizar la Iglesia. En 1595, a la edad de dieciocho años, llegó, en el Domingo de Resurrección, a una ciudad de Graz ya «reformada». Cuando aquel día asistió a la misa de la antigua fe, tras invitar a la población a que se le uniera, se quedó consternado al comprobar que no se presentaba ni un solo burgués de la ciudad. Estiria, a finales del siglo XVI, era abrumadoramente protestante. Fernando, haciendo gala de toda la dignidad imbuida por su educación, no dio muestras externas de decepción, pero se dispuso de inmediato a cambiar de forma radical aquella situación.

Su educación española y su devoción por los jesuitas solo podían producir un resultado práctico. No cabían medias tintas. Fernando proclamó en público que prefería vivir el resto de su vida vistiendo una túnica de saco, y ver sus tierras quemadas hasta las cenizas, antes que tolerar la herejía un solo día. En un plazo de dieciocho meses, el protestantismo dejó de existir en Estiria. Todos los protestantes (y eran decenas de miles) fueron convertidos o expulsados. Entre los últimos estaba el gran astrónomo Johannes Kepler, que se fue a Praga. Se quemaron todos los textos protestantes y todos los tratados heréticos, y se cerraron todos los lugares de culto protestante. La población tuvo un plazo de dos semanas para elegir entre el exilio o la conversión. Las medidas de Fernando, en tanto que ejercicio de coerción no sangriento, tuvieron un éxito sin igual. La nobleza de Estiria se rindió. Cuando Fernando asistió a misa en la Pascua siguiente, toda la población de la ciudad se le unió. Hasta hoy día, como observó Robert Seton-Watson, historiador de los checos y eslovacos, no ha habido «una transformación más dramática en la historia de Europa que la recuperación de Austria para la fe católica».¹

Pero Viena, en 1619, no era Graz: la nobleza bohemia y sus apoyos en la Alta Austria no iban a resultar tan flexibles como sus equivalentes de Estiria. El 5 de junio de 1619, podríamos haber disculpado a Fernando, entonces con cuarenta y un años de edad, si hubiera pensado que el Señor le había abandonado. Dentro del palacio los partidarios de Fernando daban muestras de desmoralización y resignación. Solo Fernando y su confesor jesuita conservaban la calma. Durante varias horas, mientras esperaban la llegada de Thurn, el archiduque se había postrado ante la cruz. Parecía un gesto inútil. El resto de Europa daba a Fernando por perdido. Francia, la principal potencia católica, le había retirado cualquier oferta de apoyo. En Bruselas, en los Países Bajos de los Habsburgo, los familiares de Fernando hablaban de reemplazar a aquella «alma jesuítica» por el archiduque Alberto, un hombre mucho menos implicado con las fuerzas crecientes de la Contrarreforma. Incluso Hungría, de la que Fernando era en teoría rey igual que lo era de Bohemia, parecía estar al borde de la rebelión.

A finales de abril de 1619, Fernando había abandonado a su hijo enfermo y moribundo para acudir rápido a Viena desde Graz, con el objetivo de hacer frente a la emergencia surgida en Bohemia y conseguir el apoyo de la nobleza de la Baja Austria. Sin embargo, durante esas siete secas y calurosas semanas de la primavera de 1619, su periplo había sido, más que un paseo triunfal, una *via dolorosa*. En todas partes encontraba refugiados huidos de Bohemia y Moravia, donde, tras la defenestración de Praga, los rebeldes se habían apoderado de los bienes de la Iglesia. Muchos eran monjes y monjas de iglesias y conventos saqueados. Los católicos que huían perseguidos de la Alta Austria se arrojaban al paso de su soberano, aunque pocos imaginaban que aquel hombre menudo pudiera salvarlos. Cuando Fernando llegó a Viena a finales de mayo de 1619, el calor había contribuido a que otra epidemia se sumara a la herejía: la peste.

Los rebeldes bohemios, Heinrich W. Starhemberg, Thurn y Andreas Thonradel se abrieron paso y entraron al Hofburg con violencia, seguros de que tenían en su mano las mejores cartas. ¿Cómo podría aquel pequeño archiduque resistirse a sus demandas? Le intimidarían y le obligarían a firmar documentos que restaurarían la libertad de culto en la nueva fe, que confirmarían sus privilegios, y que, por encima de todo, obligarían a los odiados jesuitas a abandonar las tierras hereditarias de los Habsburgo de Estiria y Bohemia. Si se resistía, bueno, las ventanas del Hofburg eran bastante grandes y altas, y como seguro que Thurn debió pensar, satisfecho, al subir corriendo las escaleras de la Schweizertor, esta vez no había montones de estiércol para amortiguar la caída.

Fernando, en la que parecía la última vez que se retiraría a su oratorio privado para postrarse de nuevo ante la cruz, rezó en voz baja que estaba «ya preparado, si es necesario, para morir por la única causa verdadera».² Pero luego añadió: «si es la voluntad de Dios que viva, entonces que por favor me conceda una misericordia: tropas», y después volvió a añadir, cuando el ruido se hizo más fuerte sin que hubiera llegado la ayuda: «tan pronto como sea posible».³

En el momento en que los cabecillas bohemios irrumpieron en las habitaciones de Fernando, uno de ellos, Thonradel, agarró a Fernando por el cuello de su jubón. Según un testigo, Thonradel obligó al archiduque a sentarse en su despacho. Sacando una lista de exigencias de su propio jubón, el rebelde las colocó en la mesa, enfrente del archiduque, y le gritó en latín: «Scribet Fernandus!».

Lo que habría sucedido después, en caso de que la reunión no se hubiese visto alterada y de que hubiera continuado aquella conversación desigual, nunca lo sabremos, ya que en aquel preciso momento el sonido de cascos de caballos y de las entrecortadas notas de una lejana trompeta de caballería pusieron un fin abrupto a la conversación.

El ruido de los jinetes en la calle hizo que tanto al archiduque como sus perseguidores se asomaran a la ventana. La sorpresa de todos, en especial la de Fernando, debió ser mayúscula. Abajo en la calle, para consternación de la multitud, habían aparecido varios cientos de coraceros imperiales bajo el mando de su coronel, Gilbert Sainte-Hilaire. Aquel regimiento sería denominado, más adelante, con el nombre de su coronel principal o propietario: el conde Henri Duval de Dampierre.

Sainte-Hilaire había sido enviado en ayuda del archiduque por el único miembro de la familia de Fernando que no lo había abandonado: su hermano menor, Leopoldo del Tirol. Los coraceros habían cabalgado raudos desde los Alpes occidentales y habían llegado a Viena tras pasar por Krems. Llegaron justo en el momento preciso. Fernando se recompuso y se dio cuenta de que la confianza de hasta el más brutal de sus adversarios se había evaporado. Thurn era demasiado realista como para permitirse intentar ajustar cuentas con Fernando rodeado por caballería que le era leal. Mientras los hombres de Sainte-Hilaire desmontaban y, espadas en mano, subían raudos las escaleras que llevaban al archiduque, los rebeldes adoptaron, casi al instante, una actitud muy distinta a la anterior. Remarcaron que no se debía derramar más sangre. A continuación, Thurn y sus hombres hicieron una reverencia y se retiraron.

Fuera cual fuese la secuencia exacta del encuentro –los historiadores jesuitas modernos discrepan sobre algunos de los detalles–, hay pocas dudas de que, si Fernando hubiera cedido en aquel día de 1619, la Contrarreforma se habría hundido en sus tierras y los Habsburgo habrían dejado de desempeñar un papel significativo en la historia de Europa Central. De perderse Bohemia y la Baja Austria, se habrían tenido que entregar las llaves de Europa Central. Es también probable que al norte de los Alpes el catolicismo se hubiera convertido en un culto minoritario, que solo practicarían unas pocas comunidades aisladas y desmoralizadas.

Para el Ejército y para la dinastía, los acontecimientos del 5 de junio de 1619 no fueron menos decisivos. Habían forjado el cordón umbilical que los uniría hasta 1918. En adelante, la dinastía y el Ejército se apoyarían entre sí. Desde aquel día hubo, durante trescientos años, una unión entre los Habsburgo y los soldados indivisible e irrompible a través de las grandes tormentas que sacudirían la historia europea. El Ejército existiría, en primer lugar y, sobre todo, para servir y defender a la dinastía.

Durante los tres siglos siguientes, los generales del Ejército de los Habsburgo tendrían grabados a fuego en su subconsciente los eventos del 5 de junio de 1619, y ningún jefe militar arriesgaría la destrucción de su ejército, ya que sin él la dinastía habría estado en peligro. Era siempre mejor luchar y conservar fuerzas para volver a luchar otro día, en lugar de arriesgarlo todo por intentar destruir al enemigo. Esta unión no verbalizada solo se rompería en noviembre de 1918, cuando el último monarca de los

Habsburgo se negó a usar el Ejército de una forma que hiciera posible que este acabara movilizándose contra sus pueblos.

El Ejército se benefició de muchas maneras de estos arreglos. Como símbolo de esta unión, Fernando II concedió a los coraceros de Dampierre (y a sus regimientos sucesores) el derecho de cabalgar por el Hofburg haciendo sonar sus trompetas y con sus estandartes desplegados. Casi doscientos años más tarde, en 1810, el emperador Francisco I confirmó el privilegio. El regimiento podría cabalgar por Viena y establecer una oficina de reclutamiento en la plaza del Hofburg durante tres días. Además, el coronel del regimiento también disfrutaría de alojamiento en el Hofburg siempre que lo deseara, y tendría derecho exclusivo de audiencia con el emperador cuando quisiera, vestido además «con armadura completa» («unangemeldet in voller Ruestung vor Sr. Majestät dem Kaiser zu erscheinen»).

Estos privilegios eran una recompensa modesta. La llegada de la caballería de Dampierre no solo salvó a Fernando, sino que marcó el cambio de la marea de la historia. Cinco días más tarde, el 10 de junio de 1619, en Sablat, cerca de Budweis (la actual Budějovice) en el sur de Bohemia, las fuerzas imperiales dirigidas por el conde de Bucquoy derrotaron al conde Ernst Mansfeld, el más capaz de los generales protestantes, en la que fue la primera victoria católica del conflicto. Esta victoria resonó a través de toda Europa y Fernando, al que habían dado por desahuciado apenas un mes antes, ahora recibía promesas de apoyo no solo de Luis XIII de Francia, sino también de los numerosos príncipes alemanes que antes habían malinterpretado los vientos del cambio pensando que soplaban contra los Habsburgo, y que por ello habían despreciado las pretensiones de Fernando al título de emperador del Sacro Imperio.

Este título, para el cual los Habsburgo habían sido elegidos desde el siglo XV, proporcionaba sobre todo prestigio. El propio Imperio era, pese a lo mucho que se insistía sobre sus lazos históricos con Carlomagno, y antes de él con el Imperio romano de Occidente, un tapiz incoherente de entes distintos. En un mundo en el que la influencia era tan importante como el poder, la presencia de un Habsburgo en la posición de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico concedía a aquella familia una voz dominante en los asuntos de los alemanes. Si Fernando era capaz de asegurarse el título imperial, que había quedado vacante con la muerte en 1619 de su más tolerante primo Matías, ahora podría segar la hierba bajo los pies de los rebeldes que se habían opuesto a que recibiera la corona de Bohemia en 1617 y la de Hungría en 1618, hombres que con razón temían la ortodoxia católica que era la piedra angular de Fernando.

El *Kurfürst* [elector] de Trier (actual Tréveris) ya apoyaba la candidatura de Fernando a la jefatura del Sacro Imperio. La Liga Católica, liderada por Maximiliano de Baviera, también se declaró a su favor. En el último momento, en otoño de 1619, llegaron noticias de Praga de que los rebeldes,

como medida desesperada, habían elegido rey al protestante elector del Palatinado, Federico, un calvinista y místico de veinticinco años que soñaba con una Unión Protestante de Europa. Pero era demasiado tarde: Fernando había sido elegido dos días antes, por unanimidad (incluso con los votos del Palatinado), emperador o káiser del Sacro Imperio. Así que, el nuevo káiser se dispuso a ejercer de inmediato su autoridad sobre sus dominios.

LA ESTRUCTURA DEL EJÉRCITO DE FERNANDO: WALLENSTEIN

En teoría, Fernando, como káiser, tenía a su entera disposición al Reichsarmee, pero este concepto no valía ni el papel en el que estaba escrito. Los príncipes alemanes que formaban el tapiz de remiendos del Sacro Imperio hacía tiempo que disponían de fuerzas locales para proteger sus propios intereses, y el «derecho» del káiser a requerir que le proporcionaran un contingente militar era una causa habitual de disputas. Las circunstancias de la Reforma obligaron al káiser a nombrar dos comandantes en jefe: uno católico y otro protestante.

Estas contradicciones no facilitaban que se materializara el llamado *Simplum*, el cual permitía al emperador disponer de un mínimo teórico de cuarenta mil soldados. Otras dificultades surgían del hecho de que la nobleza local y la Iglesia eran reacias a perder personal administrativo y trabajadores que tanto contribuían al mantenimiento de sus propiedades. El resultado era que el *Landesaufgebot* [contingente territorial] debido muy pocas veces se materializaba.

Así que el káiser solo podría crear de verdad un ejército propio si era capaz de financiarlo por completo él mismo. Pero dicho ejército necesitaba dinero y una estructura logística, y Fernando II carecía de ambas cosas al comienzo de su reinado, cuando se vio inmerso en un vasto conflicto.⁴ No es extraño que tuviera miedo y pidiera apoyo internacional, lo que ayudó a convertir una disputa local en una guerra a escala europea.

La presencia en el trono de Bohemia del «usurpador» Federico del Palatinado y de su mujer inglesa Isabel, hija de Jaime I de Inglaterra (más tarde conocida como la Reina de Invierno), agrandó aún más el conflicto. El suegro de Federico le envió dos regimientos británicos para apoyarlo, aunque nunca se aventuraron más allá de Berlín, donde, por fortuna para Fernando, se «emborracharon horriblemente».⁵

Mientras estas fuerzas se cernían contra el Habsburgo, su carencia de los medios más esenciales para la guerra lo puso en una situación precaria. Estaba obligado, bien a seguir dependiendo de la Liga Católica, cuyo jefe el duque de Baviera era un Wittelsbach y, por tanto, también un rival potencial para la familia Habsburgo, bien a hacer las paces de algún modo con los rebeldes. Aunque también había una tercera vía: podía encontrar

un señor de la guerra dispuesto a organizar su esfuerzo bélico a cambio del «favor» imperial.

Fernando tuvo la suerte de encontrar en Wallenstein, que fue elevado al rango de duque de Friedland en 1625, a un hombre preparado para formarle un ejército solo con fondos privados. Wallenstein, vástago de una rama menor de la familia Waldstein, había luchado contra los turcos y se había convertido al catolicismo bajo dirección jesuítica. Casado con una viuda rica con excelentes conexiones sociales, había desertado a favor de la causa imperial en 1619, poco después de que los coraceros de Dampierre salvaran a Fernando en Viena.

A través de la intermediación de los jesuitas, Wallenstein se ganó la confianza del archiduque. El primer encuentro entre aquel monarca inescrutable y el brutal caudillo no debió ser fácil para ninguno de los dos. Wallenstein tenía reputación de violento: cuando era estudiante, había azotado casi hasta la muerte a uno de sus sirvientes. Fernando, por su parte, ya sabía por los sucesos de junio de 1619 que, en una era de violencia, sin soldados estaría indefenso. ¿Sería Wallenstein la respuesta a sus oraciones?

Este «soldado bajo la influencia de Saturno», como lo denominó un biógrafo posterior, además de ser el jefe militar más brillante de su época, también proporcionó a los Habsburgo una forma de hacer la guerra que era verdaderamente nueva, basada en la artillería y en la caballería hasta un grado desconocido entonces. La disciplina y la oficialidad se organizaron siguiendo unas líneas de mando estrictas, por completo indiferentes a las disputas religiosas de la época. A cambio, Wallenstein no pidió dinero, ya que las arcas de Fernando estaban vacías, sino algo que los Habsburgo tenían en abundancia gracias a la Revuelta de Bohemia: tierra y títulos.

A medida que el conflicto avanzaba en Bohemia a lo largo de la década de 1620, surgió una oportunidad única de reorganizar de forma radical la riqueza y redibujar por completo la aristocracia. La revuelta de los nobles bohemios concedió a la casa de Habsburgo un poder de redistribución a una escala inmensa, sin precedentes hasta entonces. Se calcula que unas 670 propiedades cambiaron de manos al expropiar vastas extensiones de territorio bohemio a los rebeldes, y entregárselas a 200 aventureros y oficiales dispuestos a abrazar la fe católica. Entre estos estaban los friulanos Collalto y Strassoldo, los italianos Gallas, Colloredo, Raimondo Montecuccoli y Piccolomini (que recibieron, respectivamente, Reichenberg [hoy Liberec], Náchod y Opočno), así como herejes celtas como Leslie y Butler (receptores de Neustadt y Hirschberg).

Nadie se benefició más de esta redistribución que el propio Wallenstein, el cual se dispuso a levantar en el corazón de Europa, a lo largo de la frontera entre Bohemia y Sajonia, un territorio de gran importancia estratégica que no solo le proporcionaría prestigio, sino también la riqueza en recursos agrarios y mineros necesaria para mantener un gran ejército. La casa

imperial no necesitaría hacer gasto alguno. Wallenstein solo pidió que se le concediera la autoridad que necesitaba, y libertad para elegir a sus oficiales y los centros de reclutamiento. Sin perder tiempo, Fernando le concedió el privilegio y, además, le otorgó el sonoro título de «capitán-coronel-general de campo del Ejército Imperial».

Armado con aquel título y su genio logístico, Wallenstein comenzó a conceder patentes de reclutamiento a varios caudillos militares y terratenientes que prometían equipar y vestir a sus regimientos, los cuales entonces debían acudir a cumplir los deseos estratégicos del káiser. Desde aquel momento, el káiser asumía la obligación de pagar a los soldados. Pero si este no conseguía satisfacer los pagos, entonces Wallenstein, con el apoyo de una red de prestamistas, sí que era capaz de reunir las inmensas sumas necesarias, lo que le convirtió en lo más parecido a un condotiero renacentista que hasta entonces se hubiera visto al norte de los Alpes. A lo largo de la década de 1620 la arquitectura financiera de Wallenstein sostuvo el negocio de los banqueros europeos.

Con el dinero llegó una nueva organización. Los regimientos tenían sus *Obristen* [coroneles]: el coronel de cada regimiento tenía asignada un área de reclutamiento. La administración civil local tenía órdenes del emperador de apoyar en lo posible el reclutamiento. Una vez que los reclutas recibían su dinero en mano, dejaban de estar sujetos a la ley civil y pasaban a estar sujetos a las leyes de la guerra. El sistema fue muy efectivo, aunque era inevitable que llevara a abusos. La financiación del sistema durante la década de 1620 mercantilizó todos los aspectos de la guerra. El equipo y los soldados se convirtieron en mercancías con las que especulaban grupos de hombres de negocios civiles, en general astutos, que se dieron cuenta de que a los coroneles les interesaba que el número de sus reclutas fuera, sobre el papel, lo más alto posible. Tal vez ello explica por qué algunos cálculos tendían a cifrar el tamaño de los ejércitos alrededor de un 35 % por encima de las cifras reales.⁶

Los logros logísticos que apuntamos aquí no se podrían haber conseguido sin la ayuda de un sistema de impuestos, que en la década de 1620 fue notablemente uniforme a lo largo y ancho de las tierras hereditarias de la casa de Habsburgo. Por ejemplo, la Alta Austria debía pagar 53 000 *gulden* (en moneda actual, casi 46 millones de euros, si aplicamos un cambio de 10 *gulden* = 863 € aproximadamente). Silesia necesitaba sufragar el equipamiento de 28 regimientos, mientras que en la Baja Austria se recaudaba un impuesto de capitación que le costaba a cada propietario de tierras 40 *gulden*, a cada sacerdote 4, a cada doctor 30 y a cada artesano 6. Incluso los siervos contribuían, aunque con solo 15 *kreutzer* (100 *kr.* = 1 *gulden*). Un regimiento de soldados a pie costaba 260 000 *gulden* anuales, mientras que un regimiento de caballería costaba 450 000 *gulden* anuales. Cada regimiento tenía entre 1200 y 2000 hombres. Cada soldado a pie le

costaba al káiser 8 *gulden*, mientras que cada jinete le costaba la asombrosa cifra de 20 *Reichtaler* (casi 18 000 €: 10 *gulden* = 1 *Reichtaler*). Estos costes, claro está, eran ridículos si se comparaban con los de la nueva tecnología, la artillería, ya que doce cañones y sus dotaciones costaban como mínimo 600 000 *gulden* anuales.

Los salarios variaban según el rango, pero eran modestos. El coronel de un regimiento recibía 185 *gulden*, su teniente coronel 80, y así sucesivamente hasta llegar al soldado raso a pie que recibía 3,5 *Reichtaler* anuales. Según un documento datado en 1623 en Znaim (actual Znojmo), cada soldado de a pie recibía 2 libras de pan, 1 libra de carne, 2 pintas de cerveza y 1 pinta de vino a diario. En cambio, un capitán de caballería tenía derecho a 20 libras de pan y 12 libras de carne, dos gallinas, media oveja o vaca, 8 pintas de vino y 12 pintas de cerveza (!).^{*} El texto de estas «raciones» de 1623 concluye con una frase firmada por el mariscal de campo Johann Tserclaes Tilly (1559-1632), en la que indica que las tropas «que necesiten más que esto deberán pagárselo con su propio dinero».⁷

TILLY Y LA EVOLUCIÓN DE LAS TÁCTICAS

El conde Tilly fue otro producto sobresaliente de la formación jesuítica. Tras servir primero en España, este valón aprendió el arte de la guerra desde los quince años, sirviendo bajo el mando del duque de Parma en su guerra contra los holandeses. En 1610, fue nombrado comandante de las fuerzas de la Liga Católica, fundada en 1609 como una alianza laxa de principados y estados menores católicos. Como Wallenstein, Tilly impulsó reformas importantes, derivadas sobre todo de su experiencia con la temible infantería española. Apodado el Monje con Armadura, pronto demostró ser un hábil organizador de tácticas de infantería, las cuales fueron adoptadas sin dilación por las tropas de Fernando.

La infantería de esta etapa la formaban aún piqueros y mosqueteros. Los piqueros tenían armadura y llevaban una pica, que por entonces medía entre 4,5 y 5,5 metros, de madera de fresno y con una punta metálica afilada. Sus oficiales llevaban picas más cortas con cintas de colores. Los mosqueteros eran una especie de infantería ligera y se protegían con un casco metálico liviano, más tarde sustituido por un sombrero de fieltro. El pesado mosquete que llevaban lo debían apoyar sobre una horquilla (un fuste de madera con una «U» de hierro) para disparar. Los componentes de la munición se llevaban en una bandolera: un frasco de pólvora gruesa y una botella de latón

^{*} N. del E.: de acuerdo con el Sistema Internacional de Unidades, un soldado de a pie recibiría a diario unos 900 gramos de pan, unos 450 gramos de carne, en torno a un litro de cerveza y medio litro de vino. Sin embargo, a un capitán de caballería le corresponderían 9 kilos de pan, 5,4 kilos de carne, 3,7 litros de vino y 5,68 litros de cerveza, además de gallinas y media oveja o media vaca.

(polvera) con *zundkraut* [pólvora fina], además de una bolsa de cuero que contenía pequeñas balas esféricas de metal. También se llevaba una pequeña botella de aceite para asegurar que funcionara bien la «alquimia» necesaria para disparar el arma. No era una tarea sencilla. El hecho de que hicieran falta noventa y nueve instrucciones específicas para disparar y recargar este mosquete primitivo nos da una idea de su complejidad.

Había cuarenta y una instrucciones más para el manejo del mosquete en otras circunstancias. Como podemos imaginar, la necesidad de aumentar la cadencia de fuego y de simplificar las municiones fue prioritaria para todos los generales a lo largo de la Guerra de los Treinta Años. Estos problemas solo se resolverían con la llegada de los suecos, que entraron en el conflicto en el bando contrario a los Habsburgo en 1630. Ellos trajeron una solución moderna para muchos de estos problemas: la introducción de pequeños cartuchos ya preparados envueltos en papel.

La única unidad táctica en aquel momento era la compañía. Estas se desplegaban en grandes cuadros macizos formados por entre 15 y 20. Cada cuadro tenía 50 hombres de profundidad y 10 filas de mosqueteros protegían sus flancos. Pese a lo mucho que practicaban para aprender a usar formaciones tan complejas como la llamada Cruz de Borgoña o la Estrella de Ocho Puntas, no es difícil suponer que maniobrar en semejantes formaciones era casi imposible. La idea de marchar al paso del tambor aún no se había extendido y moverse sin perder el orden solo era posible mediante filas extensas.

Si Tilly tuvo mucho éxito en la organización de las tácticas de la infantería, Wallenstein resultó no menos formidable en el manejo de la caballería. Esta, igual que la infantería, se dividía en pesada y ligera. La pesada eran los coraceros y los lanceros, ambos con armadura excepto por sus botas altas. Además de su arma principal, los lanceros también estaban equipados con una espada y dos pistolas, símbolo de su estatus privilegiado como escolta de los comandantes en el campo de batalla. Los coraceros, por su parte, llevaban el sable recto o *pallasch*, diseñado para cortar y también para punzar.

Los carabineros a caballo se organizaban como caballería ligera, ya que su única protección eran un yelmo y un peto metálico ligero. Estos jinetes, dotados con un mosquete más corto de lo normal y 18 cartuchos, también llevaban pistolas y una espada corta. Los dragones también estaban equipados con un mosquete corto (en un principio se los llamaba mosqueteros a caballo). Debido a que los cañones de sus mosquetes, a menudo, estaban decorados con un dragón, acabaron siendo conocidos como dragones. Se desplegaban como vanguardia de caballería y llevaban un hacha pensada para derribar puertas y portillos.

Wallenstein añadió nuevos elementos a estos grupos convencionales. Una parte importante de la vanguardia de caballería eran los *ungarischen*

Hussaren o «húsares húngaros». Formaban, junto con los croatas, los elementos irregulares del ejército: podían emplearse para saquear y aterrorizar a sus adversarios, así como para realizar exploraciones y reconocimientos.

El origen del término «húsar» sigue siendo objeto de debate. La palabra deriva seguro del eslavo *Gursar* o *Gusar*. Otras teorías relacionan la palabra con los alemanes *Herumstreifender* o *Corsaren*; este último, con sus resonancias piratas, tal vez esté más cerca de la verdad de lo que muchos húngaros están dispuestos a reconocer. Célebres por no dar cuartel a sus enemigos, los húsares se convirtieron en el núcleo de la que devendría en la mejor caballería del mundo.

La caballería, igual que la infantería, se organizaba en compañías. A menudo, estas se llamaban *Cornetten*, y de ahí que la denominación del oficial más joven de cada compañía fuera *Cornet*. Como las compañías se desplegaban formando un cuadro, surgió la costumbre de llamar a cuatro compañías escuadrón, derivado del italiano *quadra* [cuadro]. En teoría, cada regimiento de caballería constaba de diez compañías de cien jinetes cada una, pero en realidad ningún regimiento de caballería tenía más de quinientos hombres.

La instrucción de estas formaciones estaba destinada a conseguir desordenar a la infantería enemiga: durante los últimos sesenta pasos del ataque debían cargar contra los piqueros o la caballería enemigos. No se debía disparar desde la silla hasta que se pudiese ver «el blanco de los ojos del enemigo» («Weiss im Aug des Feindt sehen thut»)⁸. Bajo la dirección de oficiales imperiales como Gottfried Pappenheim, célebre por sus numerosas heridas y su desdén por los títulos, o como el formidable Johann Sporck, un gigante de cabello bronceado que tal vez fue el general de caballería más temido de su época, la caballería imperial estaba entrenada en tácticas de choque y confiaba en la agresividad y en la sorpresa para desmoralizar a sus adversarios.

La artillería era aún una casta aparte. Cada unidad se organizaba en teoría para contener 24 cañones de distintos calibres. A cada una se le agregaban morteros y otros cañones. Cada cañón, además, tenía como dotación un teniente y once artilleros. Estos recibían el apoyo de los llamados *Schanzbauern* o zapadores, organizados en unidades de hasta trescientos hombres bajo el mando de un oficial con rango de capitán. La unidad tenía su propia bandera de seda, cuyo emblema era una pala. Sus hombres eran también hábiles carpinteros, capaces no solo de demoler puentes sino también de reforzarlos.

IMPERIALES CONTRA REBELDES

Aquel ejército, pese a las apariencias, no podemos en modo alguno compararlo con los ejércitos posteriores. Por aquel entonces no había una forma

obvia de distinguir un bando de otro. Cuando un ejército avanzaba por las devastadas llanuras de Alemania, durante los horrores de la Guerra de los Treinta Años, lo acompañaban grupos de tropas irregulares, bandidos y merodeadores, así como espías y otros rufianes, que saqueaban el paisaje local como una plaga de langostas.

Los ejércitos aprendían a distinguirse entre sí por lo que hoy llamaríamos «señales de identificación». En Breitenfeld, en 1631, una batalla que manifestó de forma evidente la energía y la habilidad de los suecos dirigidos por su rey Gustavo Adolfo, los imperiales a las órdenes de Tilly gritaban «Jesús-María» en el combate, mientras que los suecos usaban la frase «Dios con nosotros». En las ocasiones en las que se ganaba una batalla, se convirtió en costumbre recompensar a los oficiales y hombres con obsequios dinerarios. Por ejemplo, después de Lützen, el general Breuner recibió 10 000 *gulden*, mientras que el valiente regimiento de Colloredo recibió de forma colectiva la suma de 9200 *gulden*.

Los nombres de la lista de los oficiales imperiales tenían dos orígenes. Por un lado, los aristócratas que habían preferido convertirse al catolicismo y que se aprovecharon a fondo del apoyo político que Fernando les ofrecía. Muchos de los nombres que encontramos en este listado por primera vez, volverán a aparecer, una y otra vez, en nuestro relato: Ludwig Andreas Khevenhüller, el conde Ferdinand Trauttmannsdorff, Joseph Wenzel Liechtenstein, Forgách, el conde Hans Ulrich Eggenberg y Gundacker Althan (estos dos últimos dejaron como legado obras arquitectónicas excelsas para exhibir su posición y riqueza: el Castillo Eggenberg, en las afueras de Graz, y, en Vranov, el Castillo Frein, ambos en Moravia). El otro grupo eran los oficiales que habían hecho carrera en las largas guerras contra Turquía. En aquellas guerras no solo habían participado enemigos de Fernando como Thurn, Friedrich Hohenlohe, Franz von Schlick o Mansfeld, sino también gran número de sus jefes militares más importantes, empezando por Wallenstein.

En 1620, Fernando estaba listo para pasar al ataque. Ya tenía, al menos, cinco ejércitos con los que renovar la ofensiva. Dampierre estaba en Viena con 5000 hombres. Bucquoy avanzaba por el curso del río Wachau con 21 000. Desde la Alta Austria avanzaba Maximiliano, duque de Baviera, junto con Tilly, con 21 000 hombres, mientras que un ejército español invadía el Bajo Palatinado. Las tierras antes protestantes de la Baja Austria y de la Alta Austria fueron limpiadas de rebeldes, y más de sesenta nobles protestantes huyeron a Retz con sus familias. La mitad de ellos serían proclamados forajidos. Ambas provincias fueron recuperadas para Fernando y para la Iglesia casi sin hacer ningún disparo.

Cuando los ejércitos avanzaron a Lusacia y Moravia, las fuerzas irregulares del emperador comenzaron a practicar un tipo de guerra mucho más brutal e indiscriminado. Los saqueos, violaciones y otras atrocidades

se generalizaron, sobre todo por parte de los cosacos que había enviado la reina polaca, hermana de Fernando. En el bando rebelde los irregulares húngaros resultaron igualmente capaces a la hora de cometer atrocidades y, en palabras del propio Fernando, «sometían a los prisioneros a torturas increíbles», pues asesinaban a mujeres embarazadas y arrojaban bebés al fuego.⁹ Fernando observaría más tarde: «El enemigo se ha portado tan mal que uno no puede recordar ya si tal terror era exclusivo de los turcos».¹⁰

Estos actos de crueldad marcaron el tono de gran parte de lo que sucedió más tarde. El 7 de noviembre de 1620, Maximiliano y Tilly llegaron por fin a las afueras de Praga, donde se enfrentaron a un nuevo jefe rebelde, el príncipe Cristian de Anhalt, que había ocupado una posición en principio de fácil defensa, que aprovechaba la ventaja que ofrecía la llamada Montaña Blanca, la cual era más bien una colina y se situaba unas pocas millas al oeste de Praga.

Las fuerzas de Anhalt consistían en unos 20 000 hombres, de los que la mitad eran caballería. Unos 5000 de estos jinetes eran caballería ligera húngara. La artillería poseía tan solo unos pocos cañones. Las herramientas que Anhalt esperaba, necesarias para convertir su emplazamiento en algo más formidable, no llegaron nunca. El escenario estaba listo para destruir a los rebeldes bohemios. Las fuerzas imperiales eran superiores en artillería y también en algo aún más importante: moral. Los jefes imperiales estaban en desacuerdo sobre qué acción seguir y hasta que no le pusieron delante a Bucquoy una imagen de la Virgen cuyos ojos habían quemado unos iconoclastas calvinistas, este no dio, por fin, la orden de atacar sin perder más tiempo.

Anhalt lanzó su caballería, pero sus jinetes no hicieron mella en los imperiales y huyeron tras una breve escaramuza. La infantería bohemia siguió con rapidez el mismo camino, e incluso la temida infantería morava se disolvió en el momento en que Tilly apareció frente a ella. Al poco de empezar la tarde, la batalla de la Montaña Blanca ya había acabado. Las fuerzas imperiales habrían sufrido apenas 600 bajas y los rebeldes más de 2000, pero lo que convirtió aquel breve choque en una victoria decisiva fue la determinación de Tilly de mantener la presión sobre el enemigo desmoralizado. Praga se rindió pese a sus fortificaciones, mientras que la moral de los rebeldes se hundía por doquier. Federico se unió al torrente de fugitivos que salieron de la ciudad hacia el este, abandonando su corona junto con la esperanza de una Europa protestante. Como el historiador checo Josef Pekař observó con acierto, la batalla de la Montaña Blanca fue el choque entre los mundos germánico y romano, y ganó el romano. Si hubiera vencido el mundo germánico, la Alemania protestante habría absorbido con rapidez Bohemia y la cultura checa habría dejado de existir.¹¹

Con el viaje del Rey de Invierno y de su esposa al exilio en Holanda, el curso de la historia, que durante el siglo XVI al parecer había favorecido a

la nueva fe protestante, ahora parecía dar un vuelco definitivo en dirección contraria. El protestantismo, que cada vez se veía más como causa de divisiones, así como contrario al curso de la historia y radical, intranquilizaba a quienes temían la anarquía y el extremismo. La población de Praga buscó refugio en las antiguas certidumbres y las verdades confortables de la Iglesia católica y, en menos de un año, los jesuitas transformaron la ciudad en un baluarte de la Contrarreforma.

Como ha señalado el profesor R. J. W. Evans, las fuerzas desmoralizadas de la nueva fe tenían pocos argumentos contra las soluciones intelectuales y prácticas de la Compañía de Jesús.¹² Los que buscaban refugio en el ocultismo y la visión rosacruciana del mundo estaban «preparados, en el mejor de los casos, para resistir solo de forma pasiva los ataques de la Contrarreforma».

Además, no solo la piedad personal de Fernando inspiraba a sus súbditos mediante la amplia difusión del volumen *Virtutes Ferdinandi II*, que había escrito su confesor jesuita Wilhelm Lamormaini,¹³ sino que el prestigio internacional de las nuevas órdenes religiosas era una potente arma intelectual, un arma igual que el Ejército de Fernando era otra. En la ceremonia de apertura de la Universidad Jesuita de Graz, los discursos inaugurales se pronunciaron en dieciocho lenguas. Cuando Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús en 1540, desde el principio la concibió como una formación «militar» dirigida por un «general» que esperaba de sus reclutas una obediencia absoluta y la más alta formación intelectual y espiritual. Estos principios guiaron los planes de Fernando para su Ejército. La ofensiva del intelecto fue también acompañada por pasos más prácticos: en 1621, todos los cabecillas de los rebeldes bohemios fueron ejecutados por orden de Fernando en la plaza de la Ciudad Vieja de Praga.

Mientras los «mártires bohemios» eran llevados a la horca, el soberano Habsburgo, en un gesto personal muy típico, fue en peregrinación al gran santuario mariano de Mariazell, en su Estiria de origen, con el propósito expreso de rezar por sus almas. En los años siguientes, la oración y la espada se movieron en un contrapunto perfecto a favor de la causa del Habsburgo. Si Fernando era la punta de lanza de la recuperación espiritual, la recuperación militar correspondiente la organizaría Wallenstein.

Entre la nobleza de nuevo cuño que rodeaba a Fernando, Wallenstein sobresalía por sus habilidades logísticas, que desplegaba con una habilidad sin igual pese a sus problemas físicos. Aquejado de una gota que, a menudo, lo obligaba a tener que desplazarse en una litera, Wallenstein daba instrucciones sin cesar a sus subordinados para que organizaran sus asuntos hasta el último detalle. La agricultura fue prácticamente colectivizada y se puso bajo su control para que se asegurara de que cada cultivo y cada animal crecieran con eficiencia para abastecer sus ejércitos. Un segundo matrimonio afortunado con la hija del conde Johann Philipp Harrach, uno de los prin-

cipales consejeros de Fernando, le granjeó aún más apoyo en la corte. En abril de 1625, Fernando acordó con Wallenstein reclutar 6000 jinetes y casi 20 000 soldados de infantería. La fuerza de Wallenstein le dio al emperador libertad de acción. Por fin disponía de fuerzas importantes que sirvieran de contrapeso a los ejércitos de la Liga Católica que dirigía Tilly, alguien que siempre daba señales de preferir obedecer antes a sus señores bávaros que al emperador Fernando.

EL SISTEMA DE WALLENSTEIN

Wallenstein creó en Aschersleben un depósito para alrededor de 16 000 soldados. No sería el único. En 1628, los ejércitos imperiales llegarían a 110 000 hombres, de los que casi un quinto era de caballería. A partir de 1628, el prestigio de Wallenstein aumentó y recibió el control de todas las fuerzas del Imperio, excepto aquellas que estuvieran en las tierras hereditarias de los Habsburgo y en Hungría. Muchos soldados de fortuna extranjeros, entre ellos oficiales ingleses, irlandeses y escoceses, e incluso conocidos protestantes alemanes como Hans-Georg von Arnim, se unieron a Wallenstein al producirse la rápida expansión del Ejército Imperial. Pese a los odios religiosos de la época, al *Generalissimus* no le importaba la fe de sus oficiales. Lo que valoraba por encima de todo eran la lealtad y la capacidad.

A Wallenstein se le ha reconocido ampliamente el mérito de dominar la logística de la guerra a una escala desconocida hasta entonces. Al obligar a sus oficiales a ser responsables del sustento y la paga de sus hombres, el *Generalissimus* forzó a pueblos y ciudades a contribuir al esfuerzo bélico, lo que permitió que el empobrecido Fernando prosiguiera la guerra sin preocuparse del penoso estado de su tesoro. Mediante la exacción de contribuciones de los estados enemigos ocupados por sus fuerzas, Wallenstein sistematizó el saqueo. Además, gracias a sus enormes recursos propios, diseñó un complejo sistema de préstamos y financiación para ayudar a sus oficiales preferidos a afrontar sus pagos, y a sus jefes superiores a sufragar sus gastos. En 1628, un coronel de uno de los regimientos de Wallenstein ya recibía 500 florines a la semana, más de lo que un oficial de otros ejércitos recibía en un mes. La paga normal de un soldado de a pie en aquel momento era de apenas 8 florines al mes.¹⁴

Cobrar impuestos a la población local en las campañas militares iba contra las convenciones de la época, e incluso contra la ley del Imperio. Según esta, los soldados podían pedir alojamiento, pero debían pagarse su comida. En la práctica esto resultaba imposible debido al tamaño de las fuerzas de Wallenstein y a la enorme cohorte de personas no militares que las acompañaba. Los pueblos y las ciudades no fortificadas quedaban arruinados, y las casas que se negaban a pagar exacciones eran, con frecuencia, incendiadas. También se podían conseguir más fondos me-

diante «tributos» de grandes sumas que pagaban las partes más ricas del país, a cambio de quedar exentas de tener que proporcionar tropas o de ser ocupadas. En muchos casos estas cantidades eran muy considerables: por ejemplo, Núremberg pagó medio millón de florines [alrededor de 430 000 euros]. Pero dicho coste, por grande que fuera, era preferible a la destrucción que traía consigo la ocupación militar. Grandes extensiones de Alemania padecieron así un estado casi continuo de extorsión, en el que los decretos y leyes imperiales se veían por completo desbordados por las reglas de la guerra. Desde Sajonia a Brandeburgo y Pomerania, de Mecklemburgo a Wurtemberg, la expropiación estaba al orden del día. En otros lugares, en las tierras hereditarias de los Habsburgo, el «Impuesto del Soldado» se convirtió en una costumbre semanal de la vida urbana.

Este «sistema», por sus características, con frecuencia llevaba a abusos. En una época de abundante reclutamiento de mercenarios, muchos eslabones de la cadena se dedicaron a exprimir las posibilidades de enriquecimiento que permitían estas actividades. Los sobornos, o prácticas «españolas» como obtener suministros para soldados inexistentes, florecieron en una época en la que la organización contable dejaba mucho que desear. Tampoco estos delitos eran un vicio exclusivo de un ejército en concreto. La Guerra de los Treinta Años fue una época verdaderamente terrible para la población de Alemania.

En otros dominios de los Habsburgo, los impuestos se usaban para preservar las grandes armerías de las ciudades de la Alta Austria y para mantener la Frontera Militar que, al final de la década de 1570, se había convertido en una línea irregular de puestos fronterizos que se extendían a lo largo de unos ochenta kilómetros de la frontera otomana. Esta línea se amplió para incluir los accesos a Graz por el río Drava, alrededor de Varazdin, y el área en torno a Karlstadt (Karlovac) en la propia Croacia, así como las tres secciones de la frontera húngara. Los gastos de las guarniciones principales (1,2 millones de florines anuales [un millón de euros aproximadamente]) se sufragaban con fondos centrales del Reichstag, pero en otros lugares se animó a algunas familias a hacerse responsables de áreas concretas de terreno, lo que acabó llevando a la aparición de una casta guerrera de familias militares con sus propias tierras y costumbres, e incluso un dialecto propio (el *Militärgrenze-Deutsch*, en el que, por ejemplo, se dice «Ist Gefällig» [es bueno] en lugar de «Izvolite» [por favor], y que aún se oía en los alrededores de Koprivnica, en Croacia/Eslovenia oriental, hasta mediados de la década de 1970).

Lo que permitía el funcionamiento del «sistema» de Wallenstein eran sus banqueros, en especial Jan de Witte, que creó una amplia red que recaudaba dinero para el general en sesenta y siete ciudades, desde Londres a Constantinopla. Los poderosos banqueros de la época, De Witte y los Fugger, le prestaban a Wallenstein lo que ya no estaban dispuestos a prestarle a un Habsburgo: en el pasado ya habían salido escaldados, en

demasiadas ocasiones, con la familia de Fernando. Pero la arquitectura financiera que construyeron aquellos hombres hábiles e imaginativos solo fue posible mediante el cobro de importantes tasas de interés. A medida que su sistema de financiación empezó a parecerse cada vez más a un timo piramidal, ya solo pudo sostenerse en pie mediante la venta de inmensas propiedades, permitida con licencia real. Fernando pagaba entonces las facturas de Wallenstein de la única forma que le era posible: cediendo aún más tierras al caudillo.

La marea estratégica empujaba a favor de Fernando. En todas partes flaqueaba la coalición contraria a los Habsburgo. Tilly derrotó a los daneses en Lutter en 1626, donde a cambio de 700 bajas puso en fuga a un ejército del rey Cristian, al que infligió miles de muertos, heridos y prisioneros. Hubo un momento de la batalla en la que esta pareció inclinarse a favor de los daneses, pero la carga de 700 jinetes pesados de Wallenstein cambió las tornas de forma dramática.

Mientras tanto, Wallenstein había negociado una tregua con el jefe de los rebeldes húngaros, Gábor Bethlen, un estricto calvinista que decía haber leído la Biblia veinticinco veces y que había dirigido una insurrección contra los Habsburgo en la que pereció, entre otros, el oficial de caballería Dampierre. Aunque los protestantes húngaros albergaban muchas quejas contra los Habsburgo, no podían esperar conseguir gran cosa sin apoyo externo.

Al mismo tiempo, los daneses se retiraron y dejaron Sajonia y Silesia en manos de Wallenstein. En mayo de 1627, Wallenstein recibió el ducado de Sagan en lugar de los 150 850 florines que le debía el emperador, el cual continuaba así liquidando sus deudas con el general mediante la concesión de tierras. Los títulos caían sobre este último tan rápido como sus adversarios caían en el campo de batalla. Fue ascendido a *Reichfürst* (lo que conllevaba derecho de acceso directo al emperador) y recibió el título de duque (de Mecklemburgo). Incluso comenzó a acuñar su propia moneda, lo que irritó a la corte de Viena.

EL LEÓN DEL NORTE

Era inevitable que tantas riquezas materiales acabaran por despertar envidias. Además, en 1629 el ejército de Wallenstein ya era tres veces mayor que el de Tilly. El Generalísimo cabalgaba por el escenario de Europa Central con cada vez más independencia en sus planteamientos y en sus acciones. Además, con la edad y el prestigio acumulado, comenzó a volverse en contra de aquellos que lo habían apoyado. Chocó con los jesuitas, en concreto con sus planes de apoyar el Edicto de Restitución (aprobado más tarde, en marzo de 1629), con el que buscaban devolver a sus dueños legítimos todas las propiedades confiscadas a la Iglesia. Aquello, más que ninguna otra cosa, minó la confianza de Fernando en su caudillo. Wallenstein estaba cansado

ya de la guerra y del sectarismo religioso y sus decisiones demostraban una independencia respecto de su señor imperial que este ya no podía ignorar. Su voz, en aquel momento en el que la Contrarreforma parecía triunfar en todas partes, era una voz solitaria llena de pragmatismo. En 1627, Wallenstein fue «retirado» y sus finanzas comenzaron a desmoronarse. Incapaz de pagar los intereses que debía a sus banqueros, vendió propiedades a precios irrisorios y, lo que era aún peor, comenzó a pedir dinero prestado con unos intereses abusivos.

Fernando dudaba a quién elegir como sucesor. El Ejército, despojado de su jefe, estaba desmoralizado y paralizado. Fernando redujo el tamaño de su ejército a una cifra más manejable, 40 000 hombres. Todos sus dominios pagarían un impuesto para asegurar el mantenimiento de la fuerza militar. En caso de insuficiencia financiera, comandantes como Tilly estaban autorizados a recaudar contribuciones.

Pese a sus señores bávaros, Tilly era el candidato ideal para suceder a Wallenstein. Sin embargo, ahora se enfrentaba a una nueva escalada en el conflicto. Cuando la causa protestante parecía flaquear, entró en la lucha un nuevo campeón. Gustavo Adolfo de Suecia, al percibir el peligro que representaba una victoria católica en Alemania, entró en la guerra en 1630. El León del Norte era un notable estratega que, con el apoyo de los expertos armeros que habían convertido la artillería sueca en sinónimo de excelencia, introdujo el dinero y la disciplina del norte en el conflicto, justo cuando el terrible asedio de Magdeburgo, que dirigía Tilly, entraba en una fase dramática. Aquella gran ciudad, bastión de la causa protestante, se había convertido en el yunque sobre el que se forjaba el martillo imperial.

Por desgracia, los suecos llegaron demasiado tarde para salvar Magdeburgo: grandes áreas del centro de la ciudad ardieron con terribles consecuencias para su población civil, cuya matanza indiscriminada pasaría a la historia como sinónimo de las atrocidades de la guerra.¹⁵ Lo cierto es que 20 000 habitantes de Magdeburgo perecieron; un censo tomado dos años más tarde cifró la población en apenas 449 personas.

La noticia de las atrocidades de Magdeburgo correría a través de toda Europa como símbolo de aquel conflicto atroz que ya duraba más de doce años. Gustavo Adolfo, decidido a vengar a Magdeburgo, comenzó a complicar mucho la vida de Tilly y los imperiales. El «rey de nieve y hielo» no se había «derretido bajo el sol alemán» como le habían prometido a Fernando sus consejeros. En la batalla de Breitenfeld, en 1631, las fuerzas de Tilly fueron puestas en fuga por una fuerza combinada sueca y sajona que demostró mucha más flexibilidad de movimientos que la que el comandante imperial había esperado. El gallardo maestre de campo imperial Pappenheim, tirado en el suelo con siete heridas, de nuevo fue tomado por muerto.¹⁶

La caída de Fráncfort del Óder, en abril de 1631, alertó a los imperiales y Fernando comenzó a negociar con Wallenstein para que volviera.

El documento del renombramiento del Generalísimo no ha llegado a nuestros días, víctima tal vez de las sanguinarias circunstancias que rodearon la muerte del caudillo.¹⁷ No obstante, sí sabemos que este recibió de nuevo amplios poderes militares, casi de dictador, aunque en teoría todos los nombramientos superiores que hiciera en su ejército debían contar con la aprobación del emperador.

Solo la situación desesperada del emperador en Alemania pudo impeler a Fernando a restituir en su puesto al Generalísimo. Con la muerte de Tilly, el 30 de abril de 1632, el camino quedaba despejado para que este asumiera el mando supremo de todos los ejércitos imperiales. Se instauró un nuevo programa de entrenamiento para incorporar las tácticas más modernas de disparo de los mosquetes por descargas cerradas y para, asimismo, adoptar las unidades más pequeñas que habían introducido los suecos. En Steinau, el recién reincorporado comandante en jefe decidió actuar con cautela mientras los suecos comenzaban a concentrar sus fuerzas. Desde Viena le llegaban cartas airadas e impacientes que le exigían que pasara a la acción. Pese a esto, Wallenstein se limitó a responder que le estaba enseñando al rey sueco una «nueva forma de hacer la guerra» y mantuvo a los suecos ocupados en el área de Núremberg: el ejército de Gustavo Adolfo se retiró después de que 29 000 soldados enemigos perecieran por hambre y enfermedades. El 7 de noviembre el rey sueco se detuvo en Érfurt y decidió forzar un enfrentamiento con sus perseguidores imperiales. En Lützen, en 1632, tuvo lugar la ansiada batalla entre los dos maestros del arte de la guerra.

Wallenstein demostró mayor habilidad desde el primer momento: aseguró su flanco derecho con líneas de mosqueteros y en la batalla desplazaría su caballería de un lado a otro de su frente según fuera necesario. Una cortina de croatas apostados por él se dispersó con rapidez cuando se levantó la niebla: aparecieron dos líneas de infantería sueca que avanzaban y apuntaban con sus picas hacia sus posiciones defensivas en torno a la ciudad. Después de varias horas de lucha alrededor del centro de los imperiales –los suecos solo sabían atacar de frente–, ambos ejércitos comenzaron a perder su cohesión. Wallenstein le había ordenado con anterioridad a Pappenheim que se uniera al grueso de sus fuerzas lo más pronto posible. Tras recibir sus órdenes escritas, Pappenheim había cabalgado toda la noche; su llegada con refuerzos consiguió que los croatas volvieran a la lucha y un contraataque hizo que la suerte de la batalla comenzara de forma gradual a inclinarse a favor del Generalísimo.

Gustavo Adolfo, al apercibirse de la crisis, cabalgó al frente de una fuerza de caballería para rechazar la carga de Pappenheim. Una herida anterior le impedía llevar armadura. De todos modos, siempre había dicho: «Dios será mi coraza». Sin embargo, la carencia de esta al enfrentarse a la caballería más temible de Europa resultaría fatal. Mientras el rey sueco intentaba que su infantería volviera a la lucha, le alcanzó un disparo y

murió. La noticia de su muerte sembró con rapidez el desánimo entre sus filas.

Sin embargo, Wallenstein estaba desmoralizado; había perdido más de 3000 hombres debido a las agresivas tácticas suecas, así que decidió retirarse abandonando sus cañones. Casi al mismo tiempo, los suecos, que habían perdido casi 6000 hombres y estaban a punto de retirarse, recibieron la noticia, de labios de un prisionero, de que los imperiales ya estaban abandonando el campo de batalla. Así acabó la indecisa batalla de Lützen, más tarde ensalzada como una gran victoria sueca, aunque en realidad fue un empate digno de recuerdo por la muerte del gran Gustavo Adolfo en un bando y la del leal Pappenheim en el otro. Cuando los hombres de Wallenstein le quitaron al cadáver de Pappenheim su ropa ensangrentada, cayeron al suelo las órdenes que había recibido del primero, empapadas en sangre (aún hoy se conservan). El leal lugarteniente, apenas después de leerlas, las había metido en su bolsillo y se había lanzado al galope para acudir en ayuda de su general.

El empleo por parte de Wallenstein de tropas croatas como escaramuzadores fue una novedad táctica. También las usaría para acosar la retirada de Arnim (que había vuelto a cambiar de bando) a través de Lusacia. Thurn se rindió en Steinau y lo mismo hicieron las fortalezas de Glogovia y Liegnitz. La caballería de Wallenstein comenzó un avance imparable por las tierras de Pomerania, al este y norte de Berlín. No obstante, pese a aquellos indudables éxitos, este comenzó a caer en una extraña inactividad que algunos historiadores posteriores han atribuido (al menos en parte) a su obsesión por el ocultismo.¹⁸

EL HORÓSCOPO DE WALLENSTEIN

Aunque Roma había condenado la magia, no hay pruebas de que la Inquisición se consiguiera aventurar al norte de los Alpes.¹⁹ De hecho, aunque la magia era una actividad sospechosa y muchos de los libros sobre ella estaban en el *Index librorum prohibitorum*, es decir, el índice de libros prohibidos por la Iglesia, las obras de los grandes magos europeos eran de fácil acceso, e incluso hubo un jesuita que recomendó el análisis de algunos de los textos.²⁰ El estudio del ocultismo era común en el Ejército de Fernando. Uno de los generales imperiales, Montecuccoli, parece ser que se sabía casi de memoria las obras del mago Robert Fludd.²¹ La verdad es que la literatura mágica contemporánea se consideraba casi un género popular en Europa Central. Los Habsburgo habían encabezado el estudio de los misterios de la naturaleza. Como señala el profesor Evans: «No hay duda de que la Contrarreforma se empeñó en serio en el estudio de las artes ilícitas para poder averiguar, con seguridad, hasta qué punto eran de verdad ilícitas aquellas artes».²²

El gran maestro protestante de las artes astronómicas y astrológicas, Kepler, expulsado de Graz por Fernando II, fue contratado desde 1628 por Wallenstein para que le hiciera sus horóscopos. Kepler ya se los había hecho desde, al menos, 1608. Uno de ellos aún hoy se conserva, e indica que el principio del mes de marzo de 1634 sería «muy difícil» para el sujeto al que se refiere.²³

Sean cuales fueren las causas de la repentina falta de energía de Wallenstein, Viena interpretó su pasividad de la forma más siniestra posible. Tampoco ayudó que el caudillo no hubiera hablado con el emperador desde 1628, o que los jesuitas aún estuvieran resentidos con él. Surgieron rumores de que Wallenstein buscaba un compromiso de paz que sería contrario a los intereses del emperador, y de dichos rumores se podía acabar concluyendo que el caudillo era culpable de traición.

El factor que selló el destino de Wallenstein iba a ser uno que había aumentado al máximo la desconfianza entre el caudillo y el monarca. El Generalísimo se negó, en repetidas ocasiones, a que el hijo del emperador asumiera el mando de uno de sus ejércitos. Atacaba así, el caudillo, la propia base de la monarquía, su legitimidad y sus prerrogativas hereditarias. Nada podía desafiar de manera más clara las convicciones, la posición y más que nada la autoridad de Fernando. Las acciones de Wallenstein eran un ataque directo contra los derechos del emperador. Sobre todo, amenazaban el vínculo sellado aquel caluroso día de junio de 1619 en el que la caballería de Dampierre había salvado a la dinastía. Tiempo después, el historiador Heinrich Ritter von Srbik empatizaría con Fernando: un desafío como aquel no permitía una solución de compromiso, la respuesta debía ser «extrema».²⁴

El 11 de enero de 1634 cayó una fuerte nevada en Graz. En el notable castillo que, siguiendo un diseño astrológico, había construido recientemente el conde de Eggenberg, consejero de confianza de Fernando, había una estancia central llamada Sala de los Planetas. En ella, el emperador recibía los consejos de su círculo más cercano. Tal vez Eggenberg le explicara que su nuevo castillo tenía cuatro torres por las cuatro estaciones y 365 ventanas por los días del año. En la planta principal, doce ventanas simbolizaban los meses del año. En este templo del racionalismo ocultista del siglo XVII se acordó la decisión de eliminar a Wallenstein de una vez para siempre.²⁵

Al mismo tiempo, mientras tenían lugar aquellas oscuras conversaciones en Estiria, el ejército y sus oficiales estaban por igual disgustados con el estado de abandono de su jefe en aquel invierno de 1634. Piccolomini, un italiano que había salido muy beneficiado con la redistribución de propiedades en Bohemia, tenía la ambición de reemplazar a Wallenstein y comenzó una cuidadosa campaña contra él. Cuando Wallenstein dejó en libertad a Thurn, el jefe de los rebeldes protestantes y la personificación

misma del desafío a la autoridad de los Habsburgo, lo hizo desobedeciendo las órdenes expresas del emperador. Los oficiales no tuvieron que esperar mucho a que llegara la señal de su soberano.

Piccolomini organizó la banda de oficiales escoceses e irlandeses que formarían la escuadra asesina. Sus cabecillas serían Walter Leslie, John Gordon y Walter Devereux. El 24 de enero de 1634, Fernando firmó el documento decisivo. Este les recordaba a los oficiales su vasallaje hacia el monarca y los liberaba de servir a Wallenstein. En el momento en que el caudillo se dio cuenta de lo que sucedía, cabalgó hasta Eger a la búsqueda de la protección de sus, hasta entonces, adversarios suecos. Allí, el 26 de febrero de 1634, en el piso superior de la aún hoy bellamente conservada casa de Pachabel, Wallenstein se metió en la cama inmovilizado por el agotamiento y la gota. Tenía consigo a cuatro ayudantes leales que sabía que estaban dispuestos a dar la vida por él. Viena parecía muy lejana, frente a lo cerca que estaba el apoyo que esperaba conseguir de suecos y sajones.

Tres de aquellos ayudantes, Adam Terzka, Christian Ilow y Vilém Kinsky, recibieron una invitación a cenar en un banquete en la cercana fortaleza de Eger. La aceptaron, sin sospechar la traición, y dejaron colgados sus hierros en la pared situada a sus espaldas. Durante una hora comieron hasta que su anfitrión, el zalamero Leslie, dio la señal y sus cómplices irrumpieron con las espadas desenvainadas al grito de: «Vivat Ferdinandus!». Se volcó la mesa y se cerraron las ventanas, mientras los tres leales a Wallenstein intentaban defenderse. Kinsky murió desarmado y solo Terzka pudo coger su espada de la pared para vender cara su piel. Antes de acabar apaleado y estoqueado, consiguió romper el arma de Devereux y matar a tres de los asaltantes. El suelo estaba resbaladizo por el vino mezclado con sangre cuando los asesinos salieron, decididos, hacia la casa donde dormía Wallenstein, situada a unos cinco minutos a pie. En su camino se cruzaron con el cuarto ayudante de Wallenstein, el capitán Heinrich Niemann, al que asesinaron.

Ignorante de lo que sucedía, Wallenstein dormía, aunque inquieto, en su cama, sin duda reflexionando sobre lo que le diría a los suecos cuando fuera a pedirles su protección al día siguiente. En el momento en el que los tres jefes de los conspiradores llegaron a la habitación de Wallenstein, a pesar de que ya habían matado a cuatro de los ayudantes del general, en un primer instante, ninguno se atrevió a enfrentarse por sí solo con el hombre enfermo que había tenido en sus manos los mayores ejércitos de Europa. Leslie y Gordon se quedaron atrás, y dejaron a Devereux, cuya mano sangraba por la herida que había sufrido cuando Terzka le rompió la espada, que continuara con la misión. Como su espada estaba inutilizada, tomó una alabarda y no perdió el tiempo.

Era justo después de las once de la noche. Wallenstein acababa de tomar una bebida fría que le había servido uno de sus criados. Sus botas, su

espada y su capa se encontraban lejos de su cama. El primer signo de alarma fue el sonido del guardia al ser arrollado en el patio inferior, y luego, unos segundos más tarde, el grito acallado del criado, seguido por el siniestro golpear de su cuerpo cayendo por las escaleras. Wallenstein, tras interpretar correctamente aquellos extraños sonidos, se levantó con lentitud e intentó ponerse de pie, al tiempo que Devereux irrumpía en la habitación con los ojos en llamas. El general comenzó a decir la palabra «¿Cuartel?», pero el irlandés gritó «¡Rebelde y desleal viejo villano!» justo antes de clavarle la alabarda en el pecho. La terrible arma perforó el pecho del viejo general, sobresaliendo de sus omóplatos más de un palmo. Wallenstein cayó hacia un lado, como un árbol derribado, muerto.²⁶

Muchos de los asesinos recibieron más tarde propiedades y dinero por participar en el asesinato, aunque solo Leslie se convertiría en una figura notable que ascendería a los escalones más altos de la nueva aristocracia. Tal vez sea significativo que todos los conspiradores principales sufrieron muertes cruentas durante los cinco años posteriores al crimen, bien en el campo de batalla, bien a manos de la peste.

Las tierras de Wallenstein se dividieron y se repartieron. Si los oficiales inferiores pensaron en algún momento que iban a beneficiarse de la eliminación de su antiguo jefe, iban a quedar decepcionados. Sucedió algo que volvería a repetirse más tarde en la historia militar de los Habsburgo: el complejo sistema financiero se colapsó al quedar privado de la cima de la pirámide, lo que provocó la ruina y el empobrecimiento de docenas de oficiales jóvenes que habían dependido de Wallenstein para financiarse.

La escasez económica que provocó el colapso financiero era algo de importancia secundaria para Fernando. «¡Ah, mi Wallenstein!», exclamó Fernando cuando uno de los asesinos del 2 de marzo le devolvió el collar de la Orden del Toisón de Oro que había pertenecido al general. «Lo pintaban peor de lo que era», murmuró antes de encargar, con un gesto muy característico, tres mil misas por el descanso de su alma. El mayor caudillo militar del siglo XVII había caído por un defecto que ningún Habsburgo podría jamás olvidar ni perdonar: la deslealtad. Un káiser Habsburgo posterior daría una célebre respuesta cuando le dijeron que uno de sus súbditos era un firme patriota: «¿Pero es un patriota mío?». Con el asesinato de Wallenstein, Fernando reforzó las reglas básicas que debían existir entre la dinastía y el Ejército. Por más indisoluble que fuera la unión entre ambos, por más que se necesitaran uno y otro, el segundo existía para servir a la primera.

Fernando actuó con rapidez para que su hijo y heredero, Fernando, fuera el nuevo comandante en jefe. Gallas, un subordinado mediocre de Wallenstein, fue nombrado segundo en el mando. El reparto de las propiedades del caudillo ayudó mucho a mantener la disciplina entre los oficiales superiores que pudieran haber albergado algún resentimiento. No hizo falta

una gran purga entre estos mandos; todas las pruebas apuntaban a que Wallenstein era culpable de haber desafiado la autoridad imperial, pero aquel desafío no había encontrado muchos apoyos.

Antes de su muerte, el *Generalissimus* y las tropas que comandaba habían conseguido que, aunque era posible que Alemania no quedara unida antes de que el caudillo muriera, al menos podría seguir existiendo sin la protección de Suecia. Gracias a las tropas imperiales, ningún país escandinavo volvería a jugar, nunca más, un papel significativo en los asuntos alemanes.

La subsiguiente victoria imperial con ayuda española en Nördlingen confirmó la nueva situación. Pero sucedió lo que Wallenstein había temido. Al debilitarse Suecia, Francia se sintió obligada a lanzar decenas de miles de hombres a la lucha. El cardenal Richelieu no deseaba que los Habsburgo dominaran Europa. Para salvaguardar un equilibrio de poderes favorable a París, el cardenal hizo entrar a Francia en el conflicto. Alemania se convirtió, de nuevo, en un gran campo de batalla entre ambiciones extranjeras.

Al morir Fernando II en 1637, se eligió káiser a su hijo Fernando III. El nuevo emperador era, como su padre, un producto de la Austria Interior, había nacido en Graz y allí lo habían educado los jesuitas. Tenía cierto interés en las soluciones intelectuales y prácticas de los jesuitas a los problemas de su época y, como Wallenstein, también sentía atracción por el mundo esotérico. Pero la guerra sería su principal ocupación hasta que, con Alemania devastada, se vio forzado a aceptar, una tras otra, las políticas que Wallenstein le había pedido de forma implícita a su padre catorce años antes. El Edicto de Restitución de 1629 fue abolido, y el joven emperador tuvo que luchar para salvar todo lo que pudo hasta que, en 1648, llegó la paz por puro agotamiento de los contendientes.

Cuando se firmó la Paz de Westfalia, en 1648, millones de personas habían muerto en una guerra que parecía debilitar al Sacro Imperio Romano, ya que dividió sus partes constituyentes en Estados separados. Su reunificación solo se alcanzaría, en parte, doscientos años más tarde. La paz «cristiana, general y permanente» que se pretendía establecer asentaba una nueva base para las relaciones entre los Estados europeos, pero no sería el final de los conflictos ni de las guerras. El principio de soberanía de cada Estado, aunque loable en su formulación, sigue siendo aún hoy uno de los fundamentos más violados de las relaciones internacionales. La paz no significó que los ejércitos de los Habsburgo pudieran disolverse. Como más tarde escribió Tolstói: «era necesario que los millones de hombres en cuyas manos reside el verdadero poder —los soldados— aceptaran obedecer la voluntad de aquellos débiles individuos».²⁷

Ni Fernando III ni su sucesor Leopoldo I, que se convirtió en emperador en 1658 tras la muerte prematura de su hermano mayor, se privaron de sus ejércitos. Los Habsburgo se vieron cada vez más forzados a librar una

guerra permanente en dos frentes: contra Francia en el oeste y contra los otomanos en el este. La unión forjada en junio de 1619 estaba destinada a durar.

SPORCK Y MONTECUCCOLI

Alemania era una tierra devastada. Suecia prefirió desviar su atención hacia Polonia. En 1657, la ocupación sueca de territorio polaco había llegado hasta Cracovia. El formidable Johann Sporck recibió el encargo de socorrer a los asediados. A los 58 años aún firmaba simplemente como Sporck, pese a que había recibido incontables títulos y privilegios. Sus tropas, junto a las de Montecuccoli, limpiaron Polonia de enemigos. Su caballería se convirtió en el azote de los suecos en las llanuras de Pomerania.

Pero sería en la lucha contra el enemigo del este, los otomanos, en la que Sporck iba a ganar sus laureles más duraderos. Los turcos habían invadido Transilvania y tomado Grosswardein (Nagyvárad en húngaro), donde saquearon y quemaron el bello paisaje hasta que los pueblos se convirtieron en ruinas abandonadas y siniestras. Sporck, con su «cabello brillante como el hierro», y que más tarde inmortalizaría Rainer Maria Rilke en su magnífico poema épico *Die Weise von Liebe und Tod des Cornets Christoph Rilke*²⁸ [*Canción de amor y de muerte del alférez Christoph Rilke*], iba a salvar de nuevo a la cristiandad.

La organización logística que una década antes había mantenido bien equipada la caballería de Sporck ya no funcionaba por entonces. Sus tropas retrocedieron frente a un enemigo superior y vigoroso. El sultán aprovechó aquella debilidad para romper el tratado de paz que los otomanos habían firmado con los Habsburgo cincuenta años antes. El vigor de avance de los otomanos fue tal que, tras convertir Transilvania en un erial, llegaron a Silesia y Moravia. Pasaron el invierno en Belgrado preparándose para su siguiente avance hacia Hungría. De repente, la amenaza de una gran incursión turca sobre Europa Central comenzaba a convertirse de nuevo en algo tangible.

No fue la última vez que los otomanos extendieron sus conquistas más allá de sus posibilidades. Al comenzar el año de 1664, las fuerzas del káiser pudieron reagruparse y reorganizarse. Aquel respiro permitió a Sporck aumentar sus fuerzas de tal forma que, al llegar la primavera, su inferioridad numérica casi había desaparecido. Para cuando los otomanos intentaron forzar el cruce del río Raab y amenazar Estiria, Sporck ya disponía de fuerzas suficientes como para que tuvieran que retroceder con pérdidas en Kormend. Separados por el río, ambos ejércitos se siguieron uno al otro hasta que, el 1 de agosto de 1664, chocaron de forma espectacular río arriba, en el Paso de San Gotardo.

Para cuando esta gran batalla tuvo lugar, los Habsburgo ya habían encontrado otro general competente en la figura de Montecuccoli (1609-1680).

De este notable estratega es el célebre dicho de que –parafraseando a san Agustín– para hacer la guerra «se necesitan tres cosas: dinero, dinero y dinero». En él recayó la tarea de comandar las fuerzas imperiales en San Gotardo.²⁹ En un primer momento no pudieron aguantar el violento frenesí del ataque otomano. Los jenízaros cortaron de forma inteligente el centro austriaco. Montecuccoli comenzó a retroceder y dio la orden de que la caballería de Sporck se pusiera al frente de un contraataque final. Una vez que Sporck recibió la orden, cabalgó hasta la vanguardia de sus jinetes, se quitó el yelmo, desmontó del caballo y se arrodilló ante ellos. Entonces gritó con voz potente: «¡Todopoderoso Generalísimo que estás en los cielos! ¡Si no deseas ayudar a tus hijos cristianos, al menos no apoyes a los perros turcos! Límitate a observar y te pondrás contento».

Los hombres de Sporck lucharon cuerpo a cuerpo durante casi tres horas con los jinetes turcos. Testigos presenciales recordaban, años más tarde, que Sporck luchó como un loco, con el casco y el peto cubiertos de sangre, hasta que al final el ala turca comenzó a vacilar. A la postre, huyeron, y su huida sumió en el desorden al resto de las tropas otomanas.³⁰ En aquel momento Montecuccoli hizo avanzar su infantería contra el centro otomano y tomó la cabeza de puente enemiga.

Así fue como en San Gotardo, en 1664, una fuerza mixta de tropas francesas, alemanas e imperiales aplastó a los otomanos. A cambio de 1000 bajas propias, Montecuccoli había infligido más de 14 000 bajas a los turcos. Su victoria fue tan brillante que los otomanos firmaron de inmediato un tratado de paz, el cual garantizaría el cese formal de las hostilidades durante veinte años. Fue un merecido triunfo de Montecuccoli, cuyos escritos sobre la guerra (*Dell'arte militare*) ilustran sus cualidades intelectuales y de liderazgo. Él fue el responsable de convencer a sus contemporáneos de que había terminado la era de los piqueros. Bajo su mando, las fuerzas imperiales se reorganizaron siguiendo los principios de su magistral tratado. Estos principios, a menudo imitados en obras posteriores, se correspondían con los de sus señores imperiales, y sin duda también con los de los grandes generales de la historia. Dichos principios se incorporarían a la mentalidad de los militares habsbúrgicos:

Pide ayuda a Dios en todo momento, / aprovecha el consejo de hombres experimentados y leales, / no dejes escapar el momento apropiado, / evita dar órdenes contradictorias, / asigna tareas solo a aquellos que tengan la capacidad y el deseo de realizarlas, / en el peligro demuestra alegría. / Adelántate siempre a las acciones del enemigo. / Conoce tus fuerzas, el terreno y al enemigo, / guarda con cuidado el secreto de las decisiones, / mantén la disciplina recompensando lo bueno y castigando lo malo. / Cultiva el autocontrol.³¹

Con habilidad y perspicacia, Montecuccoli también reorganizó la industria de armamentos de los Habsburgo, de forma que se pudieran fabricar armas más baratas y con más eficiencia. Al hacerlo trasladó la fabricación de armas a la ciudad de Steyr, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de armas de fuego excelentes, una fama que dura hasta hoy.

Además de estas novedades, Montecuccoli también recomendó una nueva estructura para la infantería: el batallón. Aconsejó que las compañías que formaban cada batallón se reclutaran en un mismo territorio. También propuso la creación de una *Landwehr* [milicia] de reserva, la construcción de barracones para alojar a las tropas en tiempo de paz y la introducción de los granaderos como unidades de élite, además de otras ideas muy avanzadas para su época y que reflejaban los intereses científicos y esotéricos que había heredado de su tío.³² El Ejército permanente organizado por Montecuccoli comenzó a tomar la forma de la fuerza militar del futuro, cuyo entrenamiento sería una prioridad para la dinastía.

Montecuccoli se retiró del servicio activo en 1676 y murió cuatro años más tarde por un accidente a caballo. De acuerdo con sus deseos, fue enterrado sin grandes honores. Su puesto de *Generalissimus* lo asumió un digno sucesor, Carlos de Lorena, que en el plazo de diez años entraría en el panteón de los héroes de guerra habsbúrgicos durante una campaña mucho más cercana al hogar.

El Ejército, que había comenzado aquel periodo dejando atrás la etapa anterior caracterizada por el empleo de tropas mercenarias, era ahora, sin duda, una fuerza formidable. La lealtad de sus oficiales era indudable, la ejecución de Wallenstein lo había demostrado. Durante la etapa de Montecuccoli, el Ejército se había organizado y equipado para poder enfrentarse no solo a los enemigos europeos, sino también a las hordas otomanas. Al acercarse el final del siglo XVII, el Kaiserliche Armee se había convertido en un instrumento temible.

NOTAS

- 1 *Vid.* Seton-Watson, R. W., 1943, 99.
- 2 *Vid.* Czernin, K. E., 2013.
- 3 *Vid.* Lamormaini SJ, W., 1638. Ver también Hurter-Ammann, F. E. von, 1850, sobre la relación entre Fernando y su confesor.
- 4 *Vid.* Evans, R. J. W., 1979, 86-109.
- 5 *Vid.* Watson, F., 1938, 51y ss.
- 6 *Ibid.*, 95.
- 7 *Vid.* Patera, H. von, 1960, 41.
- 8 *Ibid.*, 46.

- 9 *Vid.* Wilson, P. H., 2009, 302.
- 10 *Vid.* Frauenholz, E. von, 1938, 105.
- 11 *Vid.* Pekař, J., 1922, 28-30.
- 12 *Vid.* Evans, R. J. W.: *op. cit.*, 104.
- 13 *Vid.* Lamormaini SJ, W.: *op. cit.*, 10.
- 14 *Vid.* Wilson, P. H.: *op. cit.*, 400.
- 15 *Ibid.*, 470.
- 16 *Vid.* Hess, G., 1855.
- 17 *Vid.* Wilson, P. H.: *op. cit.*, 491.
- 18 *Ibid.*, 535.
- 19 *Vid.* Evans, R. J. W.: *op. cit.*, capítulo 10.
- 20 *Vid.* Pereira SJ, B., 1598.
- 21 *Vid.* Evans, R. J. W.: *op. cit.*, 348.
- 22 *Ibid.*, 349.
- 23 *Vid.* Watson, E.: *op. cit.*, 188 ss.
- 24 *Vid.* Srbik, H. R. von, 1920. Sobre el papel de Piccolomini, ver también Mann, G., 1971, 1087.
- 25 *Vid.* Lorenz, G., 1987. Ver también Schwarz, H. F., 227 un pequeño esbozo de Eggenberg.
- 26 *Vid.* Watson, E.: *op. cit.*, 404.
- 27 *Vid.* Tolstói, L. N., 1957, vol. 2, 717.
- 28 *Vid.* Rilke, R. M., 1912.
- 29 *Vid.* Montecuccoli, R., 1657.
- 30 *Vid.* Schefers, J., 1998. Ver también Rosenkranz, G. J., 1954.
- 31 *Vid.* Patera, H. von: *op. cit.*, 22.
- 32 Por ejemplo, Fludd, R., 1631.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«John Keegan consideraba que el libro más importante que quedaba por escribir era una historia del Ejército austriaco. Richard Bassett ha puesto feliz remedio a esa carencia, y pocos estarían mejor cualificados que él para hacerlo».

The Spectator

«Austria no ha tenido suerte con sus biógrafos». Y no le faltaba razón a Hermann Bahr en virtud de la imagen que de su ejército imperial nos ha llegado, una suma de incompetencia e inoperancia, intransigencia y brutalidad. Sin embargo, para tener «el tedioso hábito de ser siempre derrotada» –la chanza es de Talleyrand–, Austria, o en concreto, los Habsburgo de Viena, se perpetuaron superando trances que habrían tambaleado los cimientos de cualquier otra potencia.

Una capacidad de resiliencia enraizada en la inquebrantable lealtad de su formidable ejército, que sobrevivió a la devastación de la Guerra de los Treinta Años y domeñó al invencible Turco; obró milagros garantizando la improbable sucesión de su joven reina y acogió al mismísimo Federico de Prusia; se convirtió en el enemigo acérrimo de Napoleón, o soportó condiciones inimaginables en los campos de batalla de la Gran Guerra, tras no haber combatido en una generación. No parecen estas las gestas de un ejército perdedor.

Y es que *Por Dios y por el Káiser* pretende desterrar los prejuicios y tergiversaciones sobre un ejército que integraba soldados procedentes de una veintena de naciones, pero con un grado de cohesión sin igual; paladín del catolicismo, hacía gala de una inusitada tolerancia religiosa al incorporar protestantes, ortodoxos, musulmanes y judíos; puntal del Antiguo Régimen, amparaba la movilidad social y el ascenso a las más altas jerarquías. Una estructura supranacional única en Europa cuyo *leitmotiv* era garantizar la supervivencia de la dinastía, objetivo que cumplió con creces durante tres turbulentos siglos. En definitiva, con Richard Bassett el Ejército imperial austriaco ha encontrado a su biógrafo.

ISBN: 978-84-948265-5-9



P.V.P.: 29,95 €

OTROS
TÍTULOS